

MIGUEL CORRAL

EL JARDÍN

novela

Lectulandia

El jardín de una supuesta actriz olvidada es descuidado por un accidente que incluye a un atropellado. El Volkswagen 86 y el cadáver permanecen frente al jardín indefinidamente. La calle pierde forma y se convierte en un juego de delirios y realidades que sumergen al protagonista en un inframundo fantasmagórico que lo sitúa entre los límites de la fantasía y el horror. Las principales obsesiones de este adolescente, que vive en un pueblo inexistente a la orilla de la carretera, son las cartas de su madre embarcada en un extraño viaje y resolver la misteriosa desaparición de la mujer que vivía al lado.

Miguel Corral integra en este libro, ganador del concurso Mala letra de primera novela, personajes tan extraños como un cartero desquiciado, Marilyn Monroe, ferreteros chismosos y un torero inmortal. Recrea un espacio extraño, suburbano y de tránsito, a partir de una poética de la indeterminación que abarca temas de la infancia, el abandono y el desarraigo, abordados de manera poco convencional.

Lectulandia

Miguel Corral

El Jardín

ePub r1.0
Unsot 13.01.18

Título original: *El jardín*
Miguel Corral, 2016

Editor digital: Unsot
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Me dijeron que en medio de la calle estaba el cuerpo. Con la cabeza apuntando justo a la puerta de la señora Caro y los pies desparramados entre la banqueta y su jardín. Qué curioso, pensé. Ayer estuve toda la tarde limpiándolo de esos pequeños bichos, medio amarillos, que caminan con las patas abiertas y se comen las hojas de los árboles. Tan hambrientos y pequeños que en un suspiro ya están ahí, avanzando como salpullido en los tallos de las plantas y en la piel rojiza, cansada de tanto grano en los brazos.

Antes del verano no, puede que en el invierno, aunque creo que desde antes, esta señora llenaba de matorrales toda la parte superior de su ventana, de modo que algunas hojas colgaban igual que una camisa deshilachada sobre el vidrio, dejando manchas de color negro. Me tocó ver esas manchas en dos ocasiones. La primera fue en su cumpleaños. Me acerqué a felicitarla y desde adentro, sin abrirme la puerta, me contestó con un simple “gracias”. Di otro paso y ella se asustó (aún hoy no le encuentro otra explicación) se cubrió el hombro y me hizo señas de “¡Vete! ¡Vete!”. Yo alcancé a ver una especie de grieta opaca que poco a poco se engordaba hasta su hombro. Una cicatriz extraña y pálida. Y desde ese día sus ojos cambiaron.

—¿Ya vieron a la señora Caro? —nos preguntaban los de la ferretería—. Se sigue transformando. Antes no hablaba y ahora...

—Ni nos voltea a ver —completó otro de los empleados.

Ni el cuerpo regado en su banqueta la hizo salir de la casa. Eso dijo mi primo que, aunque no me lo había confesado, estaba enamorado de ella. Se le notaba cuando la veía salir de la casa a la tienda y en cómo tallaba la madera en cada uno de sus regalos. Cuando era una cerca para la señora Carolina la madera quedaba blanca y lisa como papel.

Tardaron quince minutos en llegar, revisar el cuerpo y confirmarles que estaba muerto. Nadie tenía dudas. El reguero de aceite y los ojos desorbitados lo decían todo. Pero a estos niños hay que explicarles paso a paso. Si no saben abrocharse las agujetas y no habían aprendido a decir papá a los siete años. ¿Cómo explicarle a un niño que no distingue entre la realidad y la ficción que los carros “gigantes” no se muerden y tampoco se frenan cuando les sacamos la lengua? Amaranta estaba preocupada. Muy preocupada. Porque a sus hijos, aunque idiotas, los quería. Se dio cuenta del peligro que corrían jugando a la orilla de la carretera y decidió encerrarlos en un cuarto hasta que aprendieran las reglas básicas del peatón y del tránsito vial.

Antes del accidente los dejaba libres por la calle. Decía que no eran ningún motivo de vergüenza. Así que ahí andaban, como perritos jugando con la basura, mordiendo esto y aquello. A veces saludaban, a veces no. Para sus clases de vialidad construyó un mundo pequeño. Con ciudades y pueblos hechos de hule, cartón y otros materiales reciclados. Los vasos eran rascacielos cilíndricos. Ponía las cucharas una detrás de otra para delimitar las calles. Con las antenas de televisión simuló algunos

satélites y provocó grandes huracanes con el abanico encendido. Los niños se imaginaban noches y días totalmente diferentes. Por la mañana el rascacielos era un tubo colorado y por la noche se convertía en una taza de café. Tenedores clavados en el piso emulaban sargentos de vialidad, mágicos e inmortales, capaces de aparecer y desaparecer mediante una fuerza extraña, en el momento justo de un delito.

—Cruzar la calle en verde es un delito —les decía clavando los tenedores en el cartón de huevo que había conseguido en la tienda.

Después pensó: “Esto no sirve. Tengo que encontrar la manera de que ni por accidente toquen la calle...”. Y después de varios segundos, agitó el tenedor de arriba a abajo ante los ojos de “No te entiendo. Soy imbécil” y dictó con voz de mando:

—¡Bajarse de la banqueta es un delito! ¡Tocar la orilla de la banqueta es un delito! ¿Sí me entienden, verdad? B-a-n-q-u-e-t-a. Banqueta. No bajar —les decía señalando las cucharas y luego la ventana—. Cucharas-ventana. ¿Me entienden?

Silencio.

—Dios mío, ayúdame —y se hincó a rezar por la suerte de sus hijos.

El motor continuó su traqueteo algunos segundos más, hasta que el pobre incauto se fue con una exhalación bajo las llantas de ese Volkswagen 86, amarillo y sucio de muerte.

La puerta del conductor estaba abierta y los vidrios brillaban en el piso. Nadie lo vio escapar, ni vio el momento justo del choque. No me extraña. En mi pueblo nadie ve nada y menos en momentos como éste.

Eran entre las cinco y las siete de la tarde. Me acuerdo por el sol. Cuando es de mañana el sol brilla distinto. Brilla como un incendio justo encima de la tierra. Pero a las seis o siete de la tarde el incendio comienza a apagarse. La calle estaba iluminada por este incendio a punto de morir cuando los hijos de Amaranta salieron por primera vez. No había nadie en la calle. Nada se movía. Todo era silencio. Tanto que me daba vergüenza romper esa quietud con algún ruido involuntario: estornudar, el ruido de las tripas, toser. Me acomodé al ras del vidrio. Recorrí un poco las cortinas y desde un rincón junto a la ventana observé sus movimientos. Cómo caminaban, cómo veían el lugar, cómo se alejaban aterrados de la banqueta al escuchar un motor. Y sí, esperé ansioso el momento en que uno de los niños se cayera y viajara entre neumáticos hasta probar el sabor del pavimento. Pero no. Los hijos idiotas de Amaranta siguieron latiendo sobre sus piernas maltrechas porque hasta el polio les negó la dicha del perdón.

Sólo parecían entender lo que les decía cuando me ayudaban a matar los insectos de la señora Caro. No sé si me entendían pero imitaban muy bien, era una gloria verlos aplastar con sus pulgares todos los caparazones del jardín. A veces intentaban ponerse de pie, pero era inútil. Ellos eran inútiles. Me divertía con esos enanos. Levantaba un insecto y lo ponía con cuidado en la pared. Ellos trataban de levantarse

y atraparlo de un manotazo pero el insecto se escapaba. Los enanos caían de un golpe y el bicho se iba lento, pesado, hasta llegar al techo de la casa. Luego repetía el juego hasta que me cansaba de su imposibilidad para mantenerse en pie.

Amaranta los cuidaba desde la puerta. Cada vez que uno de sus hijos veía la calle, ella levantaba el tenedor y se quedaban inmóviles. Parecían buscar en el ambiente algún ruido de motor, que tenían bien identificado, y luego, cuando Amaranta bajaba la mano, rompían filas y proseguían su aventura de conquista como intrépidos marinos. Rojo y verde. Luz y tarde. Deambularon por los basureros de la cuadra. Se tropezaron. Observaron a su madre parada en la puerta y volvieron con las rodillas manchadas de mugre y baba.

La segunda cicatriz de la señora Caro estaba en su pierna, desde el muslo hasta la punta del tobillo. Era algo que nunca había notado y estoy seguro que antes del choque no la tenía. También descuidó su jardín. Dejó de limpiarlo y las plantas de su ventana ya no parecían hilos. Eran más como una telaraña de raíces oscuras y secas. El vestido largo se agitó con el viento del camión y la línea blanca en su pierna quedó a la vista. ¿Recuerdan la foto en la que Marilyn Monrou detiene su vestido en un torbellino de aire? Igual, exactamente igual, pero en lugar de unos muslos puros y perfectos, una línea torcida y gorda recorría las vérices de la señora Carolina. Su cabello parecía algodón y conservaba el porte de las mujeres acosadas por los hombres en su juventud. Juré que era una estrella de cine olvidada en la maleta de algún productor neoyorquino y por eso no se dignaba a dirigirnos la palabra. Estrella de otro mundo y nosotros simples ejemplares del carbón y la maquila.

Nunca supimos de dónde sacaba dinero, si tenía familiares o dónde nació. Esa señora tenía una tumba en la boca. Hasta un día después del choque. Las investigaciones indicaron que el conductor se escondió en la casa de Carolina, y después todo cambió.

Bajo la cama, la señora Caro tenía un cojín lleno de plumas, forrado con terciopelo y dos cascabeles en cada punta. Con hilos curvos que envolvían el cojín y una brecha de botones en la parte superior. Parecía comprado en una tienda de empeños. En la puerta, una hilera de camellos colgaba de la perilla al suelo. Una foto de tres dunas bañadas por el sol, enseguida del espejo y, al pie de la cama, un faquir rodeado de inciensos. Estaba hecho de algo inoxidable porque en la placa decía “Pakistán 1782. Héroe de Guerra y santo. Busto hecho con su propia sangre y...”, lo demás no se podía leer. Tampoco el nombre de la estatua. Una mancha gris se comió las letras y ya comenzaba a treparse por el pecho y la espalda del guerrero. En varios momentos mi primo me había jurado con la mano en el pecho que esta mujer escondía a un hombre en su recámara. Decía que en la noche, una sombra brotaba del piso armada

con espadas y paños color violeta. Después Carolina salía corriendo y encadenaba la cerca de su casa. La sombra se quedaba quieta. Ella cerraba la puerta. Le hacía una reverencia y con la espada este hombre se ponía a bailar algo de tambores y desiertos. La envolvía con el paño. Salía humo de la habitación y la luz se apagaba.

—¿Y por qué espías a la doña en la noche? —le pregunté.

—Es que ya no aguanto, carnalito. Ya no aguanto. ¿Crees que algún día me hable? Pero que me hable bien, de veras bien.

Cuando entramos a su casa y vimos por primera vez el faquir, mi primo juró que era él, que era el mismo cuerpo y la misma sombra que bailaba en la noche. Le pedí que no hablara tan alto. Nos podían descubrir y aún no habían encontrado al conductor del choque ni a la señora Caro.

—Es él, es él —insistió en voz baja.

Mi primo es amante de los mitos y seguido busca con qué entretenerse. El origen del yeti, las cavernas de África, la reencarnación, niños prodigio. Me pidió que nos lleváramos el busto y que le ayudara a encontrar las palabras que faltaban para que esta criatura resurgiera de su mundo y platicáramos con él de no sé qué cosas. Lo levantamos del mueble y lo envolvimos con nuestras chamarras. Saltamos la cerca del patio. Saludamos a uno de los policías y entramos a nuestra casa. Después lo pusimos a un lado de la televisión y el póster de Marilyn Monrou.

—Belleza, aquí está tu cimarrón de fuego —le dijo mi primo a la rubia del póster mientras le daba un beso en la boca. Luego cubrió el busto con una toalla y nos acostamos.

Esa noche no pude dormir. No puedo decir exactamente por qué. No había algo siniestro en la habitación, como una presencia extraña. Simplemente no pude dormir. Me despertaba con un fuerte impulso y la respiración entrecortada. Veía el reloj y era más o menos a intervalos de una hora. El cuarto estaba igual. Mi primo seguía durmiendo pero yo no. Hasta que amaneció.

Cuando me levanté, mi primo ya había desayunado y tenía sobre la mesa de nuestro cuarto unas revistas de *Karma 7*. Leía con mucha atención la nota de un féretro egipcio encontrado en una de las pirámides. Según, unos arqueólogos checoslovacos ignoraron la advertencia del dios Ra. Un especie de maleficio tallado en placas de oro, con figuras antropomorfas de escarabajos y bastones, muchos bastones. Nadie podía perturbar el sueño del faraón y quien lo hiciera estaba condenado a vagar por los infiernos. Los cuatro arqueólogos murieron un lunes. Uno de ellos, de una extraña enfermedad en la vías respiratorias que lo fulminó de un día para otro. En ese momento no supieron cómo llegó la enfermedad ni qué medicamento era el indicado para aliviarla. Después hablaron de una bacteria que se despertó con el oxígeno. La habían colocado en la tumba los sirvientes más allegados al faraón y, terminado el rito fúnebre, se enterraron una daga en el pecho para acompañar a su maestro. Los demás arqueólogos también murieron asfixiados. Una papa cambray se les atoró en la garganta mientras comían en una playa hindú.

“¿Casualidad?”. Con esta pregunta cerraba la nota.

Mi primo se paró, gritó, saltó agarrándose los pelos y se puso a bailar al faquir para que se despertara. Decía que a ese “mono” también lo protegía un espíritu como al faraón de la tumba. Me dijo que en Brasil animaban figuras de vudú, siempre y cuando estuvieran construidas con algo humano. Pelo, uñas, huesos. Luego cerró las cortinas. Le puso seguro a la puerta y destapó la figura de metal. Talló la placa con la mano izquierda y recalcó “hecho con su propia sangre y...”

—Tenemos que encontrar ese “y” —dijo acentuando la última letra—, el otro material con que construyeron el busto. Estoy seguro que si mezclamos la sangre con la otra sustancia y luego bañamos al faquir con esa mezcla va a revivir.

—¿Y cómo vas a conseguir la sangre? —le pregunté.

Él miró la estatua de lado a lado. Se tronó los dedos de la mano.

—Si está construido con su propia sangre quiere decir que hay sangre ahí adentro. Es muy sencillo, sólo hay que romperlo. Y la lógica me dice que la otra sustancia también está ahí, ¿pero qué será?

—Carne —le dije.

—¿Cómo va a ser carne? —me respondió—. La carne se pudre con el tiempo. Acaso la piel, pero ya no sirve a menos que...

Se quedó callado y luego torció la boca. Cuando mi primo tuerce la boca en medio de una plática es que algo se le ocurrió, como el robo de la estatua o cortejar a la señora Caro con cercas de madera bien hechas. A todos los vecinos se les habían caído las cercas con la lluvia o simplemente se veían feas. Él juraba que la señora Caro iba a notar la diferencia y se lo iba a agradecer de una forma muy especial.

—¿A menos que qué? —le pregunté.

Siguió con la boca torcida por unos segundos.

—A menos que los faquires hayan tenido contacto con las tribus haitianas. Ellos sí utilizaban pedazos de carne en sus vudús. Hay pruebas de que algunas culturas cruzaron el mar en barcas de madera. ¿Será posible que hayan intercambiado rituales? ¡Necesitamos romper el busto! ¡Necesitamos romperlo!

—Sí, pero mañana, o en la noche.

—Tienes razón. En la noche. Ahorita nos pueden escuchar.

Y siguió enfrascado en su lectura. De vez en cuando observaba al faquir como si lo comparara con alguien más y regresaba a la revista. Yo me detuve en la pared blanca del cuarto. Observé unas manchas verdes de humedad en la esquina. Vi las camas, mi foto, los zapatos, el bate de mi primo, la carta de mi mamá a un lado de las llaves y el sobre de mi padre con cuatrocientos pesos. Todo brillaba con un tenue resplandor de mayo. Marilyn cantaba en la pared y yo cerré los ojos para no llorar. Luego puso el punto de su boca en la mía y me quedé dormido.

Cuando desperté había huellas de ceniza en la banqueta. En la madrugada, un

incendio quemó el colchón de la señora Caro. Sólo el colchón y el cojín de cascabeles. Los bomberos y los policías no entendían lo que pasó. Simplemente el fuego salió de las cobijas y circuló por la recámara pero sin quemar nada más, sólo el colchón y el cojín. El resto de la casa estaba impecable, salvo el aire de abandono que había en cada cosa. Un policía se acercó al cojín con las manos en las bolsas del pantalón. Sacó las manos y revisó los cascabeles. En medio de las brasas, lo que quedaba de los hilos, de la tela quemada, encontró un cuchillo delgado. Tenía el mango de cuero y una línea de sangre fresca en el filo de la hoja. También reportaron al faquir como extraviado durante el incendio. Mi primo y yo nos miramos. En ese momento no sabíamos qué hacer: si esconder el busto en otra parte, entregarlo a la policía o dejarlo abajo de la toalla mirando la cabecera de nuestras camas.

—Si no te hubieras dormido ya hubiéramos roto el faquir y no nos estarían buscando —me reclamó tronándose los dedos.

—Pudiste romperlo tú solo.

—Sí, claro. ¿Aquí en la recámara?

—¿Por qué no?

—¿Por qué no? Porque parece un establo —señaló la recámara llena de basura y ropa tirada en el piso—. ¿Te parece un lugar adecuado para hacer una invocación tan importante?

Descubrió al faquir quitándole la toalla y la aventó abajo del póster de Marilyn. Miró a la estatua a los ojos.

—Te digo que lo vi bailar en la noche con una espada —dijo sin quitarle los ojos de encima—. ¡Es él! Debimos despertarlo ayer en la tarde pero te quedaste dormido... y ahora resulta que hubo un incendio y el faquir está extraviado. Si la policía descubre que nosotros lo tenemos, seguro también nos echan la culpa del incendio.

Me puse rápido la camisa y el pantalón, y fui hacia las cortinas.

—¡No te asomes!

—Quiero ver. Nada más.

—No te asomes. La policía nos va a descubrir y nos van a acusar de delincuentes.

Mi primo tiene una forma de decir las cosas que simplemente convence. No sé cómo lo hace pero siempre terminamos, adultos y jóvenes, haciendo lo que él quiere. ¿De qué otro modo les vendió unas cercas tan horrendas a todos los de la cuadra? Y es que habla como si tuviera un cable eléctrico en la voz. Nos paraliza y terminamos diciéndole que sí a todo. Mi primo caminaba alrededor de la estatua.

—Nos está regañando. Sabe que lo sacamos de su altar y nos amenazó con ese incendio. Nadie sabe quién lo provocó. Tuvo que ser él. ¿Quién más?

Me quedé callado. No sabía qué decirle. Para mí la casa ya estaba rodeada de patrullas y militares en cada esquina. Me vi trepado en la caja de un carro militar con cuatro soldados apuntándome al corazón. Vi cómo la camioneta se iba por la carretera. Está lloviendo. Dobla hacia la derecha en un cruce de caminos. Llega a la

cárcel y así, sin preguntarnos nada, los militares nos meten en un cuarto oscuro. Después de algunos segundos entra un hombre con tatuajes de flamas en los dedos y la cabeza tapada. Trae una manta negra. Hace una señal con la mano y las puertas del cuarto se abren. Sigue lloviendo. Luego dos soldados, también con la cara cubierta, entran empujando una guillotina hecha con troncos. Me tapan la boca con una cinta. Me amarran los brazos y las piernas. Yo traigo una camisa blanca que poco a poco se ensucia con el polvo de la cárcel. Intento correr pero no puedo. Me caigo sólo, de rodillas, hasta que mi cabeza se estrella contra el piso. Después me levantan y me dicen algo en alemán que no entiendo. Me arrodillan y colocan mi cabeza en medio de los troncos. El hombre de las flamas enciende una sierra eléctrica y la coloca justo delante de mi nariz. Brilla. Brilla mucho. Después levanta los brazos y el brillo está en mi nuca. Huele a humedad. “Espero que no sea sangre”, pienso. “Espero que sea la lluvia de allá afuera o en todo caso el sudor de los soldados”. Colocan la sierra en mi oreja izquierda y de un solo golpe la arrancan de mi cabeza. Colocan la sierra en mi oreja derecha y ¡pum! También cae. Las dos orejas se levantan, se sacuden la sangre como los perros recién bañados y comienzan a caminar. No van rápido. Al contrario, parecen caracoles caminando entre su caparazón y la baba roja que emana de sus patitas. Los soldados se limpian las manos y se van. Mis orejas siguen caminando...

—¡Ey! ¿Me oyes? —Mi primo me aplaudió en la cara.

Las orejas se disolvieron en el aire y una rubia de papel me veía sujetándose la falda. “Por dios, qué bella es Marilyn”, pensé. “Debí haber nacido hace setenta años para casarme con ella”.

—¿Me estás escuchando? —volvió a preguntarme.

—Sí...

—No te preocupes —me interrumpió mi primo mientras me daba una palmada en la espalda—. No vamos a terminar en la cárcel. Hoy en la noche vamos a romper al faquir. Lo vamos a romper en la carretera. Es un buen lugar. ¿Sabes cuántas energías se guardan ahí? Imagínate: ladrones que huyen a ciento setenta kilómetros por hora. Mujeres cogiendo en sus autos con desconocidos mientras sus esposos se parten el lomo en la oficina. Tráileres, choques, animales aplastados. Todo. Ahí hay de todo.

—La carretera es muy grande —le dije—. ¿Dónde exactamente?

—En los camiones abandonados. Los que están entre la carretera y los árboles que tienen forma de animales. Ahí nadie nos va a ver.

—Es un buen lugar —le dije.

Mi primo se quedó quieto. Torció la boca, luego cogió el bate y lo pesó con las dos manos. Ensayó distintos golpes contra el busto agitando sus brazos de un lado a otro como un jugador profesional antes de batear la pelota. Después comparó la madera de su juguete con el fierro de la estatua.

—Necesitamos algo más fuerte.

Soltó el bate y salió de la recámara.

En la tienda, los cuatro ferreteros tomaban Indio. Jugaban al póquer y a una especie de rayuela con tornillos. Todos tenían la barba y los bigotes manchados por la cerveza. No había luz en la ferretería. Se las cortaron una tarde antes del choque. Sólo una fuente de luz neón con pilas se resbalaba entre los respaldos de manguera, el piso y la pared llena de herramientas. Ahora, cuando hablan casi no se les escucha. Antes era al revés. Siempre gritaban como en un mitin. Pero desde que desapareció la señora Carolina dejaron de hablar así. Ya no tenían de qué platicar o nada qué decir.

“¡Ya viene!”, gritaban emocionados cuando la veían abrir la puerta de su casa, cerrar la cerca y caminar en la banqueta con su vestido blanco cubriéndole los tobillos y los brazos. Era una anciana entre pétalos de gardenia y dos cicatrices abultadas cruzando la calle hasta la ferretería. “Ya va a entrar, ya va a entrar”. Improvisaban alguna acción para disimular su curiosidad: limpiar un martillo, probar las cintas de empaque o las pinzas de perico. Carolina abría la puerta, les sonreía, muy apenas, y señalaba lo que iba a comprar. Ellos la atendían sin decir una palabra. Ella dejaba un billete en el mostrador, recogía el material, y salía de la tienda. Nunca se despidió. Todo en silencio. Los ferreteros trataban de mirar sus cicatrices. Alguna vez, con la ayuda del viento y el vestido volátil, alcanzaron a mirar un punto. Algo pequeño en su pierna derecha, pero lo suficientemente grande para que estuvieran un mes completo inventando historias de mafia y reptiles hambrientos como causa de su dolor. Porque para ellos esas líneas abultadas eran la causa de su carácter oculto y silencioso. Duraron algún tiempo imaginando por qué se fue. Quién era el conductor del Volkswagen 86 y hablando del cadáver que seguía tendido en el piso. También apostaron cuánto se iba a tardar Amaranta en enseñarles a sus hijos a cruzar la calle. Uno, dos, cuatro meses. Incluso hasta un año dijo alguno. Pero nadie le atinó. Terminado el tiempo de la apuesta se callaron, igual que Carolina. Entendieron que ya no había de qué platicar. Algunas personas, cuando no tienen nada qué decir y se sienten inválidos entre un día y otro, se quedan callados o hablan apenas para sí mismos. Que nadie los escuche. Que nadie se dé cuenta que están ahí. Así están bien, como un vegetal en la ventana. Les aseguro que después de estos acontecimientos nadie se va a acordar de ellos.

La perilla de la puerta sonó como un tambor a media noche. Los ferreteros dieron un trago a su cerveza y dejaron las cartas de póquer a un lado de la botella. El más gordo de todos juntó los tornillos en su mano y se colocó detrás de sus compañeros. La luz neón escurriéndose entre las sillas. Mi primo cerró la puerta. Vio sus bigotes sucios, la panza del gordo y las cervezas en sus manos. Parece más una cantina que una ferretería.

—Buenas —dijo, sacudiéndose la nariz.

—¿Otra cerca? —le preguntó el gordo apenas con un susurro.

—Perdón. No lo escuché —respondió mi primo y se acercó a la mesa.

El gordo metió los tornillos, uno por uno, en una botella de resistol y caminó hacia la barra, los demás sólo veían a mi primo, sin moverse; parecían palos

acomodados en las sillas, no decían nada, ni hacían nada... sólo lo veían.

—¡Qué calor! —silencio—. Y con eso de que le quemaron la cama a la señora Carolina y no se sabe quién fue pues...

Silencio. La luz neón flotando en el piso.

—Oigan ¿y ustedes saben quién venía manejando?

El gordo miró a sus compañeros. Estos se encogieron de hombros. Le dieron un trago a su cerveza y volvieron la mirada. Alguno de ellos parpadeó.

—Bueno, pues... necesito un... algo para romper metal. Algo fuerte. No sé si a martillazos o... ¿Qué podría ser?

—¿Entonces no vas a hacer otra cerca?

—¿Perdón? —No lo volvió a escuchar.

Mi primo se acercó al gordo, casi hasta la barbilla. Apeataba a alcohol.

—¿Que si ya no vas a hacer otra cerca?

—Ah, no. Es para una estatua que trajo mi papá y queremos romperla para vender el metal. ¿Cree que con un martillo? Yo soy carpintero y lo mío es la madera, el pino específicamente.

—¿Una estatua?

—Sí.

—¿Está pesada?

Mi primo meneó la cabeza.

—¿Que si está pesada? —repitió el gordo.

—Pues... es metal...

En sus sillas, los ferreteros lo veían sin decir nada.

—¿Qué me recomienda?

El gordo se remangó la camisa y miró hacia el piso; salió de la barra, caminó hasta unos estantes llenos de cajitas y después se perdió atrás de ellos. Mi primo volteó hacia los otros ferreteros, los saludó con la mano.

—¡Qué calor! —repitió.

Silencio. “¿Qué me ven estos cabrones?”, pensó. “Acaso tengo las caderas de la doñita Carolina para que me vean así... a ella sí hay que verla de arriba pa’ abajo y de abajo pa’ arriba... ¿Dónde se habrá metido? Caray”.

El gordo no regresaba.

—¿Cuándo les ponen la luz?

Los ferreteros se encogieron de hombros.

“¡Ya, voltéense para otro lado, carajo!”, dijo mi primo por dentro, tratando de contener sus palabras, mientras el gordo aparecía nuevamente.

—Esta sierra puede cortar azulejo. Si el metal no es muy grueso o ya está oxidado podría ayudarte.

—Necesito una más grande.

—¿Más grande?

—Es una estatua antigua pero es muy resistente, haga de cuenta que está recién

hecha. Brilla mucho. No tiene óxido. Tráigame otra sierra por favor.

Los ferreteros guardaron las cartas en una caja color café y separaron sus sillas de la mesa. Seguían mirando.

El gordo se encogió de hombros y se perdió de nuevo atrás de los estantes. Mi primo se resignó. Era imposible platicar con ellos, en cambio, miró cómo la nube de luz neón envolvía todas las herramientas colgadas en la pared. Enchufes, desarmadores, alambres y demás objetos que, en la sombra, parecían cornamentas de distintos tamaños puestas en fila.

Regresó el gordo con una sierra más grande que la anterior. La hoja del doble de ancho.

—Ésta sí perfora el metal. Dice en la caja.

—¿Qué tan efectiva es? —preguntó mi primo.

El gordo se quedó callado. Pareció decir “No sé. Pruébala tú”. Mi primo cargó la sierra. Se la imaginó dentro del faquir salpicando chispas y ese otro material desconocido del que estaba hecho. “Recapitulemos, dice: hecha con su propia sangre y... ¿Qué tal si ese otro material es inmune a todas las cosas hechas por el hombre? No... no puede ser. Tiene que haber algo que lo rompa. No puede haber fallas”. Miró la sierra, meditó, y descubrió algo en la hoja, en el motor. Un velo de quietud y misterio. Era esa y no otra el arma que debía esgrimir. La levantó hasta el techo igual que un caballero medieval carga su sable, listo para abrir cabezas y caballos. Los focos de neón brillaron en sus hombros como los pechos azules de una mujer enamorada.

¿Exactamente cuánto tiempo llevo en este pueblo? No me acordaba de los días exactos. Me recargué en la pared y vi el fondo de la recámara. Es un cuarto grande, se parece a los vagones de un tren. Igual de desordenado, con un fondo negro en la última pared y dos rieles bajo nuestras camas. De mi cama. Y es preciso que lo recalque, incluso con mayúsculas si es necesario: MÍA, MÍA Y NADA MÁS QUE MÍA, porque yo la compré. No me la prestaron como el buró donde guardo mis hormigas y mis zapatos... Yo cuento el tiempo de una manera diferente, lo hago con papeles y no con un reloj o con un calendario, por eso sé que llegué a este pueblo hace cuatro cartas y una semana, me acuerdo porque mi madre me dijo antes de irse “Vas a llegar con tus tíos y a la semana yo te escribo. Vas a saber de mí. Siempre vas a saber en dónde estoy porque en las cartas viene el remitente, pero no me contestes. Espero no durar mucho tiempo en el mismo lugar para llegar lo antes posible. Cuídate”. Y me dio un beso. La primera carta llegó un viernes en la mañana, yo estaba en la puerta del baño esperando a que mi primo terminara de bañarse. Él siempre se baña primero, desayuna primero, caga primero, todo primero. Cuando escuché el timbre de las cartas corrí a la cocina, la crucé como un ratón asustado y bajé la escalera con dos brincos; abrí la puerta.

—¡Por Satán! —gritó el cartero—. Me asustas, muchacho. Abriste la puerta como si fueras a arrancarme el intestino. ¿Qué? ¿Acaso vendes órganos con los traficantes del mercado?

—No —le contesté.

—Bueno, bueno, bueno. ¿Tú eres el diablillo de la carta? ¿Eh?

—Sí —extendí la mano. Me sudaba.

El cartero bajó su mochila, la abrió y sacó unos lentes negros.

—Mucho sol, diablillo —dijo mientras se los ponía—. Con este infierno podrías matar a un ciego porque hace calor o porque hace frío, no importa. Ahora los pretextos sobran. Siempre matar. Imagínate, subiendo la calle exprimí una lagartija con las llantas. Mira.

De la bolsa del pantalón sacó un reptil pequeño. “Eso no es una lagartija”, pensé, “es un camaleón”.

—¿A poco no está espantosa? —continuó—. Sin duda este animalejo es pariente del mismísimo Lucifer. Me la voy a tatuar en el pecho... justo aquí.

Se levantó la camisa y me mostró el pezón izquierdo.

—¡Por Satán! ¡Este infierno me quema hasta las encías!

—La carta —le recordé.

—Ah, sí. Toma. Es la última de la mochila. No sé cómo se te ocurre vivir hasta lo último de todo. En la punta de todo, ¿Qué quieres hacer, eh? ¿Eructar como los volcanes y llenar de lava toda la carretera, eh? Diablillo asqueroso.

Y se fue en su motocicleta. La carta venía desde el puerto de Marsella.

Hijo: Te voy a ser franca. El viaje me está costando mucho y los pasajes aumentaron casi el doble de un día para otro, así que estoy viajando en barco. Es mucho más barato pero más tardado. Ya llevo varios días trabajando aquí. Hablé con un capitán de la bahía; le expliqué mi situación, que tenía que llegar lo antes posible y mi falta de dinero. Por cierto, ¿sí te está mandando dinero tu papá? Espero que sí.

El capitán me recomendó con un colega suyo que partía al día siguiente con unos turistas, le dijo que yo podría trabajar en el barco a cambio de no pagar mi boleto, y el colega accedió. Es un hombre amable y me trata muy bien. Esa noche me quedé a dormir en un hotel y al día siguiente, a las siete de la mañana, me embarqué en “El Cafard”; así se llama el barco donde estoy viajando. Qué nombre tan más evocador, ¿no? “Cafard”. Suena a ti. Más cuando llueve. En medio del mar las gotas caen como alfileres sobre el agua, y es que el mar es inmenso, se te escapa de los brazos, de los ojos, del pulmón. Es tanto que no puedes respirarlo sin llenarte de peces hasta el tobillo.

Los primeros días fueron muy tranquilos. Trapeaba la cocina o tendía las camas del capitán y sus ayudantes. Ellos se levantan temprano a medir el sol y ver las nubes. Siempre hay que mirarlas para ver si va a llover porque a veces los pronósticos fallan.

Hasta ahorita no me ha tocado una tormenta.

Como al cuarto día llegamos al puerto de una isla. El capitán compró unos rebaños que piensa vender cuando llegue a la India. Ahora yo me encargo de cuidar las vacas. Son diecisiete. Hay una que apenas camina. Es muy chistosa, siempre es la última en todo y también la más dispersa. A veces se escapa del rebaño y se va corriendo hasta el camarote del capitán, se echa a los pies de la cama y ahí se queda dormida hasta el día siguiente.

Todas las mañanas tengo que sacarlas a caminar por la cubierta. Luego les doy de comer y limpio las ubres de las vacas más grandes con unos fomentos de agua y sal porque hay unos insectos que siempre están buscando el calor. Sí, hasta en el mar hay insectos. Son pequeños y parecen escafandras. Viven entre el carbón de las calderas y la estufa de la cocina.

Desde que los insectos se mudaron a las ubres comenzaron los problemas, el trabajo pesado. Primero las limpiaba con fomentos del mar, después se enfermaron de un moquillo extraño y tenía que inyectarlas cada tercer día. Imagínate. Yo, que nunca había agarrado una inyección en mi vida y ahora, de pronto, tengo que ser la doctora de un rebaño enfermo con moquillo y chichis infectadas. Sé que suena gracioso pero no lo es... Ay hijo, ya te imagino riéndote de mí... Por un tiempo les funcionó la inyección, los insectos no desaparecían, pero al menos las vacas dejaron de moquear. El capitán se tranquilizó y yo estaba... disfrutaba del viaje, digámoslo así. Los pasajeros son tranquilos. Es pura gente de dinero que va de vacaciones a alguna playa. Casi no platico con ellos, no me interesa. Simplemente los saludo cuando voy al comedor: “buenos días”, “que tengan buen provecho”, “con permiso”; frases como esas... El comedor es enorme, casi para cien personas. Con terciopelo negro en los asientos y un telón rojo en las puertas de cristal. También hay unas figuras de porcelana sobre las mesas y jarrones de plata, al centro un espacio para bailar, porque una banda de jazz toca los viernes y anima con sus trompetas toda la sala. Deberías escuchar a esos músicos, tocan como si fuera lo último que van a hacer en su vida. Le pedí al trompetista, Ulises se llama, que me autografiara tu foto. Te la voy a regalar cuando regrese, no te preocupes.

El establo, como te puedes imaginar, no tiene nada que ver con el comedor, es un charco, un pantano que está en lo último del barco. La humedad es demasiada y huele a estiércol todo el tiempo.

En los camarotes de los pasajeros es otra cosa, están alfombrados y les limpian constantemente las habitaciones. Hay gente encargada para ello. Supongo que se lo merecen. Ellos sí pagaron boleto. No vayas a creer que duermo en el establo, no, yo tengo mi habitación. Es una habitación sencilla pero cómoda, con una litera que comparto con una de las cocineras, un ropero de madera para las dos y un espejo del tamaño de la pared. No sé por qué son tan grandes los espejos en este barco, pero en todos lados, los pasillos, los baños, la cocina, todo, todo brilla entre espejos de un metro y medio por un metro medio. Ay, hijo. Quiero contarte tantas cosas que siento

que se me va a acabar el tiempo. Las estrellas en medio del océano, las velas que se agitan con el viento y las nubes teñidas sobre el agua.

¿Ya te conté que el becerro aprendió a abrir la puerta con el hocico y se va corriendo por los pasillos del barco hasta llegar a la zona de los pasajeros? Eso no es lo más gracioso, lo interesante es que ellos no se quejaron, al contrario, dejan que el becerro pasee libremente afuera de los baños y del salón del billar. Las señoras lo acarician con sus abanicos y lo traen como llavero para todos lados, “mi chivito por aquí, mi chivito por acá”.

Una vez organizaron una apuesta en la cubierta. Los pasajeros se dividieron en dos grupos: hombres y mujeres, luego pusieron dos bastones a una distancia de veinte metros y unas cuantas cebollas en el piso. Al final había una canasta llena de verduras frescas. El becerro tenía que correr de un bastón a otro hasta llegar a la canasta en máximo tres minutos, sin desviar el camino o detenerse con alguna de las cebollas. El grupo perdedor pagaría toda la cuenta del bar esa noche. Las mujeres apostaban por el “chivo” y la canasta, y los hombres por el becerro y la cebolla. Encendieron el reloj, se oyeron las turbinas y el mar nos levantó en sus hombros como a un niño de dos años. El “chivo” bramó antes de correr, antes de que lo golpearan con el bastón y antes de que le amarraran las patas para que no comiera en la semana de la apuesta. De modo que el día de la carrera estaba hambriento. Yo quería llevarle tunas para que comiera durante el día pero el capitán me lo prohibió.

—Es su diversión —me dijo—. Así déjelo.

El becerro levantó sus pequeños cuernos sobre el aire, enfiló las patas directo hacia la canasta y devoró todo lo que ahí había. En el piso, las cebollas estaban aplastadas. Yo tuve que recogerlas después del numerito. Las mujeres felices. Sonreían y se levantaban la falda para enseñarles sus bragas a los perdedores. Ellos también se reían pero era por otra cosa, no por el becerro, ni las zanahorias de la canasta... Ellas se quitaban los tacones y se los ponían, mostraban la curva de sus pies y entornaban sus pestañas hacia el mar; les sudaba el culo, yo lo vi, no era fiebre lo que brotaba de sus nalgas, era más como una lenta nube de vapor.

El mar nos bajó de sus hombros. Luego nos arrastró por las clavículas de su vientre y se prendió el jazz. Igual que el reloj y la pierna derecha del océano. Esa noche el comedor se convirtió en una granja. Parecía que el establo se fue corriendo atrás de los telones. Encendió una trompeta. La gente bailó y ellas, las vacas, se cagaron en la alfombra porque hasta mierda había en la mañana. Como yo soy la doctora y la madre oficial del becerro tuve que estar en la fiesta. Vi cómo lo levantaron y todas las mujeres gritaban y manoteaban a su alrededor; una vomitó en la batería de la banda. Los hombres al principio se reían recargados en la pared, después bailaron con las damas, con las que se podía porque varias gateaban en la mesa y por la pista de baile. Ellos las giraban sobre el tacón, les mordían los dedos, las montaban arriba del “chivito” y las perseguían como si fueran a cazarlas. Al día siguiente todo parecía un desperdicio, pero el “chivito” estaba contento. Bailó y bailó

toda la noche con una inglesa y se despertó como a las ocho de la mañana. De la fiesta fue el primero que se levantó. Lo agarré de la cuerda que cuelga de su cuello y lo llevé al establo a desayunar.

Hijo, hasta ahorita ese ha sido mi trabajo. No pagué boleto, ¿qué más puedo pedir? En cuanto lleguemos a otro puerto te mandaré esta carta. El capitán espera que sea en tres días porque hay que recargar alimentos para el viaje. En esa fiesta bebieron y comieron casi el doble de una noche de jazz cualquiera. Espero verte pronto. Te extraño mucho, hijo. Ten paciencia, sólo ten paciencia. Un beso.

Cerré la carta. La doblé en cuatro partes y estuve mirándola mucho tiempo, como si estuviera llena de algo más, de algo que no cabía en el sobre y lo que había leído era sólo un pedazo de todo lo que existía en esa hoja.

Mi madre arriba del camión y una mascada verde en su cabello antes de irse y ahora todo un océano entre mis tumores y su: “ten paciencia”. En ese momento ya no supe quién estaba más abandonado.

Guardé la carta abajo de mi colchón y me puse a reconstruir la ciudad donde crecí. Su olor a leña quemada, el aire caliente, la presa, el tráfico, la gente caminando de un lado a otro. Pero aquí estoy, acostado en la recámara de mi primo. Mária me canta desde la pared *I Wanna Be Loved By You* y “El Cafard” sigue trabajando.

Mi primo pagó la sierra eléctrica con seis billetes de quinientos pesos, salió del local, lo vi cruzar la calle a través de la ventana, escuché cuando abrió la puerta y subió las escaleras. Quise ver la carta de nuevo antes de que llegara pero no lo hice. Volteé hacia el faquir y me crucé de brazos. Mária terminó de cantar y se recogió el cabello con la mano derecha. Luego se humedeció los labios y bajó de su pedestal, me abrazó por la espalda, se acomodó en mi oreja y susurró: “Escucha a tu primo. No pierdes nada, cariño, nada”. Le sonreí, mi primo abrió la puerta y la cerró de un golpe. Fue directo a las cortinas, las cerró y destapó al faquir. Colocó la sierra en el pecho de la estatua, muy despacio la resbaló por su cuello y por un trapo que le tapaba la mitad de la cara. También tenía un turbante que le cubría parte de los hombros. Un collar de amatistas en el pecho. Pero en la cara sólo sus ojos quedaban al aire.

—¿Cuánto falta para que anochezca? —preguntó mi primo.

—Dos horas —le contesté.

—En dos horas y media... No. En tres horas. En tres horas nos vamos a la carretera. Hay que esperar a que los vecinos se duerman.

Sonreí.

Mi primo sacó un trapo del baño y limpió la sierra de arriba abajo, vació el bote de basura en una bolsa negra y lo colocó atrás del faquir.

—Para la sangre —dijo.

Después guardó la cámara de video en su mochila, las revistas de *Karma 7* y unos guantes de cocina para no mancharse las manos durante el ritual. Revisó todo con la mirada y se sentó a un lado de la televisión. Veía el reloj y veía al faquir.

—¿Cuánto falta para que anochezca? —volvió a preguntar.

—Una hora cincuenta y seis minutos —le respondí.

—Bien. Paciencia. Los grandes descubrimientos tomaron su tiempo. ¿Sabes cuánto se tardaron los criptozoólogos en pescar esa grabación del Yeti? Días, semanas, meses. Los pobres se internaron en las montañas del Himalaya en condiciones infrahumanas, pero la pasión los llevó a superar todas las calamidades del tiempo; ni el hambre, ni el frío arrancándoles los dedos los detuvo; porque a uno de ellos, que creo era canadiense, se le congelaron los dedos del pie y tuvieron que cortárselos para que no le gangrenara toda la pierna. ¿Te das cuenta del dolor que pasaron él y sus compañeros? No es fácil. Dime, ¿con qué valor tomas la decisión de mutilar a tu hermano? ¡Tu hermano! Pero lo aceptaron porque estaban tras las huellas de un ente que superó todo lo insuperable. El tiempo, la ciencia del hombre y, tal vez, depredadores monstruosos de cuyas formas no tenemos registro. Es algo mágico. El hombre como un títere cualquiera ante la fuerza descomunal de la naturaleza y sus secretos. Lo desconocido. Lo que no tiene nombre y es pura forma. Apenas una criatura grande y peluda que salta de los bestiarios occidentales y reclama su existencia con un respiro de animal oprimido. Es a ese tipo de investigadores a quienes sí les debemos un tributo. A los alquimistas de la ciencia y el deseo, magos con grabadora y wokitokis para comunicarse de monte a monte. Imagínate cómo les hirvió la sangre cuando estuvieron enfrente de la mitología misma. Seguro al canadiense le brotaron dedos nuevos y pudo volar atrás del yeti porque él fue quien lo grabó y lo vio primero. Caminando. Escabulléndose entre los árboles. El mismísimo simio de las montañas. El hombre mitad oso, mitad fantasma, enfrente de ellos. “Sí, vivo. Soy real”, pudo haberles dicho a los intrépidos cazadores, pero la bestia sólo gruñó y caminó en círculos como dibujando la órbita de su mundo...

El sonido de una explosión interrumpió el discurso. Corrimos hacia la ventana. Recorrimos las cortinas y vimos, en frente de nosotros, el Volkswagen 86 calcinándose. Los guardias caminaban alrededor del vocho preguntándose cómo ocurrió la detonación. Veían las llantas quemadas y se rascaban la cabeza. El motor enredado entre el fuego y el aceite. Uno de los guardias nos vio pegados en la ventana y nos saludó con la mano izquierda. “¿No van a hacer nada?”, pensé. “¿Ni siquiera levantar el cadáver?”. Ese cuerpo estaba tirado en la banqueta desde el día del accidente y no lo habían recogido porque no podían alterar la evidencia del delito. A fuerza de caminar y caminar por la misma banqueta todos los días, ya nos habíamos acostumbrado a su presencia. El vocho y el cuerpo atropellado eran parte de nosotros. Amanecíamos con él y dormíamos con él. Con la misma costumbre con la que uno

saluda a un pájaro o a un ferretero. Incluso un día los hijos tarados de Amaranta rebasaron el límite de la banqueta, cruzaron la calle y jugaron con el cadáver. Apeataba, eso sí. Pero ¿qué no apesta en esta calle? Los niños tarados se le trepaban en el pecho, jugaban con la mitad de su pierna, la aventaban de un lado a otro; le jalaban del pelo y hasta parecía que platicaban con él.

—Mira cómo se divierten los enanos con el cabello del muerto —me dijo mi primo.

Por alguna razón se entretenían más con su cabello y sus oídos. Como si estuvieran buscándole, a su manera, el poro por donde se le escapó el alma.

Cuando los ferreteros todavía hablaban, uno de ellos me dijo que ese muchacho, el cadáver, era un amante de la señora Carolina, después se retractó y dijo que era un admirador secreto, no un amante. Un jovencito que creció viéndola en sus películas y en el teatro. La verdad era que ninguno de nosotros tenía la certeza de haber visto a la señora Caro en el cine. Sólo en una ocasión casi juramos que era ella.

El ferretero gordo llevó una caja llena de películas viejas, la mayoría olvidadas por la historia.

—Aquí tiene que estar su cara —nos dijo levantando los casetes de VHS.

Nos repartió las películas y preguntó en cuánto tiempo nos reuniríamos para discutir las conclusiones.

—Mañana. No tengo nada que hacer —le dije.

—¿Las cinco películas?

Afirmé con la cabeza.

—¿Y ustedes? —preguntó a sus compañeros.

—Si salimos temprano de la ferretería...

—Sí. Vamos a cerrar temprano. La ocasión lo amerita. Nos vemos mañana a las diez de la mañana. En punto, por favor.

Las primeras dos películas no valían la pena, pero la tercera me atrapó desde el principio. Era una historia de amor entre satélites, en blanco y negro, muda. Pero a los amantes en la película nunca les faltaron las palabras, ellos sólo se miraban y la luz cambiaba de color. Negro para las escenas de batalla y blanco, blanco para el idilio de los enamorados. La historia comenzaba con una explosión en el centro del universo. Las lunas y sus planetas salían expulsados como piedras incandescentes hasta quedar completamente separados. Navegaban a la deriva en galaxias distintas, a veces un imán gigantesco desviaba su camino para juntar a los satélites en una misma órbita o separarlos aún más. Los planetas más alejados se enfriaban hasta volverse un cubo de hielo. Las lunas se pudrían por dentro, se volvían áridas e inconsistentes. Tritón era una luna pequeña, apenas tenía quinientos años de vida y ya comenzaba a secarse, después de tanto vagar y chocar con planetas que no eran suyos, el imán acomodó los caminos y cada luna detuvo su marcha a dos constelaciones de su respectivo planeta. En la película cada constelación era una galaxia. El final es predecible. Tritón se encarriló en las órbitas de Saturno. El universo terminó de

construirse y las nubes de gas se volvieron cristales verdes y rojizos en la esquina de la Tierra y sus vecinos agigantados. La pantalla de mi televisión se puso negra, un aro de luz se dibujó en la escena de la cópula titánica entre Saturno y su luna. Los primeros veinte minutos eran un baile de satélites pero al minuto veintisiete aparecían los espíritus de cada planeta. Y ahí estaba la señora Carolina, más joven y graciosa, delicada. Justo como una luna. Tenía puesto un vestido blanco que le resaltaba la cintura y el contorno de sus pechos. Llevaba el cabello suelto. Siempre andaba descalza. Cómo cambia la gente, pensé, ahora está vieja. Suponiendo que sea ella porque en los créditos de la película no apareció su nombre.

—Algunos artistas se ponen seudónimos —nos dijo el gordo al día siguiente—. Lo hacen para escucharse más interesantes y atraer la fama.

—Es cierto —le contestó mi primo que también nos acompañaba en la aventura—. Sarita Montiel se cambió el apellido porque se lo recomendó una gitana de Sevilla, le dijo que se pusiera el nombre de su pueblo natal en su nombre artístico, que eso le traería fama. Montiel: El pueblo escondido de Montiel.

—Tal vez —le contestó otro de los ferreteros—. O a lo mejor el gobierno de su pueblo la apoyó en su carrera para que el nombre de Montiel fuera conocido. Antes de Sarita quién coños conocía el pueblo de Montiel. Ahora es la tierra del último cuplé y antes de esa cantante era un campo lleno de árboles secos, con tres casas a lo mucho. Ubicar a un pueblo por un artista de esos está jodido. Realmente jodido.

El ferretero dijo “esos” como si hablara de un perro.

—¿Y de qué le sirvió? —continuó el hombre mientras ordenaba unos clavos—. Ahora ese pueblo está abandonado, igual que antes, te lo aseguro, y de Sarita sólo nos acordamos los viejos.

—Y nosotros también —le respondí.

—A ustedes no sé qué les pasa. Están idiotizados con mujeres de otra época. Marilyn Monrou y Sarita Montiel son de nosotros, los canosos. Sueñen con las cantantes de ahorita. Disfruten con sus mujeres en la nieve... así, miren.

Dejó los clavos y de un cajón sacó un calendario con doce mujeres distintas. Todas cantantes del momento. La última, diciembre, llevaba un casco de vikingo, estaba acostada en la nieve y una piel de oso le tapaba la entrepierna. No recordé los nombres de las cantantes pero ya las había visto en la televisión o en alguna revista.

—Pues al menos mucha gente que no es española conoce el pueblo de Montiel y no dudo que algún fanático haya ido a visitarlo —dijo otro de los ferreteros.

El gordo se quedó callado un momento, pareció reflexionar algo y continuó.

—Es nuestra mala suerte —dijo—. Nadie nos conoce. Todo el mundo se olvida de que existimos.

—Es porque estamos entre dos ciudades grandes —replicó el gordo y señaló la carretera afuera de la ventana—. Todos los que pasan por ahí es porque van a visitar otro mundo. Allá, donde todos se matan entre todos. Aquí estamos seguros, aburridos pero seguros.

—Claro que estamos seguros —respondió mi primo sarcástico—. Este pueblo es tan jodido que ni siquiera los rateros viene para acá, aunque sea para esconderse, menos la policía, menos el tránsito. ¿Cuánto lleva volteado ahí, a un lado de la carretera, el tráiler que transportaba marranos y no se lo han llevado? —Nos encogimos de hombros—. Ya son diez tráileres, diez los que están en medio del desierto y nadie los reclama.

—Ni sus dueños —dije—. Ya parece un cementerio.

—Creo que la señora Carolina se hartó de su vida de actriz y quiso descansar de todo el escándalo, las fotos, los fans, los autógrafos. A algunos artistas les pasa. Y como en este pueblo no se para ni una mosca —dijo el gordo.

—No es ella, la de la película —respondió mi primo.

—¿Por qué? —preguntó el gordo.

—Porque no sale su nombre y la chica es distinta, los ojos de Carolina brillan diferente y esa muchacha —señaló el casete de VHS— es guapa, pero no tiene los ojos que debió tener Carolina a los veinte años.

Los tres ferreteros voltearon a verme y se rieron. Uno guardó el calendario de la mujer con la piel de oso entre sus piernas, otro acomodó los clavos en distintas cajas y el ferretero gordo caminó hasta quedar a dos pasos de mí.

—¿Cómo ves a tu primo? —dijo—. Y eso que no está enamorado de ella.

Mi primo se puso nervioso. Tamborileó con los dedos en la barra y torció la boca.

—Nos vemos mañana —dijo de pronto.

—Me voy contigo —le dije.

—No, no, tú quédate.

Abrió la puerta de la ferretería y antes de salir dijo: —Al rato, en la casa, me dices qué decidieron: Si Carolina es la chica de la película o no— y se fue.

Después mi primo y yo platicamos de la señora Caro como si me lo hubiera confesado todo, pero nunca me dijo explícitamente: “La amo”, “la necesito”, “la deseo” o cualquier otra cosa. En cambio me decía: “La espíe por la ventana”, “Ya no aguanto, carnalito” o “Voy a tallar la madera toda la noche para que note la diferencia”.

Los ferreteros vieron alejarse a mi primo, y detenerse por un momento en la cerca de la señora Caro. Volteó hacia nosotros. Sacó las llaves, volvió la mirada, cruzó la calle y se metió a mi casa. Su casa, no la mía. El gordo, con el VHS, en la mano dijo:

—Yo creo que la chica de la luna sí es la señora Carolina.

—No sé... —le contestó el ferretero de los clavos—. Dicen que cuando alguien se enamora puede reconocer los ojos de su amante después de muchos años y él está enamorado, ¿tú qué opinas?

No supe qué decirles.

—¿Qué opinas? —insistió el gordo—. Él es tú primo, convives con él todos los días, y la señora Caro vive enfrente de su ventana. ¿Qué opinas?

—De esas cosas no sé mucho —dije un poco apenado.

Al unísono, los ferreteros soltaron un fuerte suspiro. Guardaron las películas en una caja y nunca volvieron a hablar del tema. Me dio la impresión de que los tres se compadecían de nosotros por algo que nunca nos dijeron; como si estuviéramos haciendo algo mal y sólo ellos tuvieran la llave adecuada para corregir nuestro error, cualquiera que fuera. Pero nunca nos dieron esa dichosa llave y nunca más abrieron su tienda después del arresto de la señora Carolina.

Cuando Amaranta vio a sus niños jugando con el cadáver tuvo que reconstruir la maqueta de la ciudad. Se dio cuenta que entre los edificios de café y las calles de cubiertos no estaban ni el Volkswagen 86 ni el cuerpo. Y era necesario representarlos con pequeñas fichas para que sus hijos no los confundieran con basura, no se llevaran a la boca los dedos del muerto o lamieran el aceite del piso como si estuvieran buscando agua. Porque estos niños, después de tanto andar en el piso y oler y probar el sabor del pavimento, desarrollaron un olfato capaz de detectar agua a noventa metros de profundidad. Esto lo supimos cuando Amaranta vino a casa de mis tíos y con gritos de desesperación nos dijo que ya no hallaba la manera de separar a sus bebés del accidente. Los niños aprendieron a no cruzar la calle, incluso los colores del semáforo, pero un día su actitud de mansos puerquitos de campo se transformó por un jadeo insaciable y violento. No mordían, ni arañaban. Menos a su madre porque aún los imbéciles saben quién los amamanta. De un sólo manotazo destrozaron el mundo de cartón. Doblaron la caja de huevo y la maqueta se partió en dos. Los edificios cayeron desde el cielo como frágiles columnas de vidrio y las calles, hechas con cucharas, desaparecieron bajo la mesa. Amaranta nos dijo que ella empuñaba el tenedor y les gritaba que eso también era un delito para los sargentos de vialidad, pero los niños no se detuvieron. Seguían levantando las cosas, lamiéndolas, buscando el agua en cada vaso, cuchara, taza o tenedor. Hasta que vieron las fichas del accidente. Las olieron, vieron la puerta, giraron la perilla y se fueron gateando hasta llegar al volkswagen. Ella los siguió y buscó, junto con ellos, lo que tanto les inquietaba. Para mí era normal ver a los enanos retozando en el aceite. Pero nunca me imaginé que hubiera agua potable abajo de ellos.

—Hay un pozo abajo del volkswagen y qué —nos dijo Amaranta asomándose por la ventana—. Lo que quiero es que mis hijos no estén ahí pegados. Parecen ratas ruñendo un hueso. La basura es una cosa, pero el cadáver... No quiero encerrarlos. Tienen derecho a vivir como cualquiera, pero los saco y se van directito al vocho. ¿Los amarro? Claro que no. ¿Cuándo se van a llevar ese puto carro y a ese pedazo de carne?

—Cuando encuentren a la señora Carolina —dijo mi tío.

—Pero, ¿cuándo? —contestó Amaranta—. ¿De qué sirve que mis hijos hayan encontrado un pozo? “Sus hijos al fin sirven para algo” —dijo imitando la voz gangosa del guardia—. Idiota. Es más retrasado ese cabrón que mis hijos.

A mis tíos nunca les molestaron las groserías. De hecho, ellos permitían que cada quien hablara como quisiera. Gritando, maldiciendo o en verso si se nos antojaba. Por ejemplo, mi tía era muy dada a mezclar idiomas durante el día. Como no hacía nada la mayor parte del tiempo más que limpiar la casa, barrer el patio, cocinar, se entretenía aprendiendo idiomas nuevos. Era común que mi tío le preguntara algo y ella le respondiera en francés, italiano, a veces en catalán. Cuando se daba cuenta de que mi primo le había robado dinero, ella se ponía roja y lo maldecía en griego. Él sólo entendía que estaba enojada pero, exactamente, nunca supo qué era lo que le estaba diciendo, y cuando mi primo se lo preguntaba, ella apretaba el ceño y volvía a empezar con otro idioma.

—No te entiendo, mamá. Habla bien —le decía mi primo.

Luego se encerraba en su cuarto como si no hubiera pasado nada. Días después volvía a robarle y el regaño se repetía en otra lengua. Así consiguió el dinero para comprar la sierra eléctrica. Pero de mis tíos no pienso hablar mucho. Ellos no importan.

Después de llorar y desfogarse con nosotros, Amaranta se quedó callada viendo la ventana. Suspiró como diciendo “todo está mal”. Se talló la cara, se arregló el cuello de la blusa y fue por sus hijos. Agarraba a uno y los otros dos se le escapaban. De cualquier modo no podría con los tres al mismo tiempo. Podía cargar a uno de los enanos hasta su casa, encerrarlo y volver por otro, y así guardar a los tres, pero el miedo que sentía a que fueran atropellados en ese lapso de tiempo la dejó tiesa en medio de sus hijos. Mis tíos se durmieron, mi primo veía la televisión y yo la espiaba atrás de las cortinas. Pude ayudarla pero no quise. Gritarle: “¡Aguas, ahí viene un carro!”, o decirle a mi primo que cargara a uno de los idiotas y entre los tres, Amaranta, mi primo y yo, llevármolos de un sólo viaje. Preferí el placer de verla desesperada. “Que pase un auto, que pase un auto, rápido” mordí las cortinas. Qué sabor a porcelana. Un lujo. Sangre en medio de la banqueta. Escuálidos, idiotas y leprosos “¡Que los atropellen!”, pienso. Me sudan las manos. Cuando algo camina en mis intestinos me sudan las manos. Vi la calle de un lado a otro y no pasó nada. “Una camioneta, un tráiler, algo que les queme las costillas, que les desfigure la cara”, pero nada se precipitó en la calle. “Mierda”. Mi primo le cambió a la televisión y una sirena se escuchó en la pantalla. Era un especial de persecuciones automovilísticas. Policías contra ladrones. En el especial, un fugitivo se estrelló contra una barda de grafitis amarillentos en una Chevrolet gris. Después el conductor se bajó de la camioneta. En la grabación del helicóptero se ve que le dolían los pies. El fugitivo brincó la barda antes de que llegara la policía y se escondió en el patio de una casa. Mi corazón se aceleró. Recorrí las cortinas. Amaranta resignada entre sus hijos. “Qué aburrido”, pensé. “Si nadie va a pasar entonces que se levante el muerto, aunque sea. Que camine, que chupe agua del pozo, que haga algo”. Mi primo le cambió a la televisión por un canal más aburrido que los niños retrasados. No recuerdo qué era. Tal vez un concurso de belleza porque había muchas mujeres cantando en una

piscina. Los niños seguían imantados al pozo. Amaranta vio la calle, vio su casa y vio las piernas de sus hijos, negras y roñosas. Se hizo de noche. No sé en qué momento me quedé dormido. Al día siguiente ya no estaban.

Mi primo y yo salimos del cuarto, bajamos las escaleras y cruzamos la calle. El guardia que nos saludó con la mano izquierda nos detuvo antes de llegar al volkswagen.

—No pueden pasar —nos dijo—. Algo está quemando los muebles y no sabemos qué es. Es peligroso. Mejor váyanse.

Los ferreteros, afuera de la tienda, miraban intrigados, más el gordo. Movían la boca como si saborearan un chisme nuevo. Algo que los revivió. Volteé a ver a mi primo. Pensé que iba a tratar de convencer al guardia para que nos dejara ver de cerca lo quemado. Sólo miraba y miraba el cuadro del incendio. Para los guardias, los primeros sospechosos fueron los hijos de Amaranta y no dudo que también para algunos vecinos.

—Ni saben prender un cerillo —les dijo cuando fueron a interrogarla.

Después entrevistaron a los ferreteros.

—Ustedes venden materiales muy peligrosos. ¿Alguien les ha comprado algo fuera de lo común en los últimos días? —preguntó uno de los guardias.

—¿Algo fuera de lo común? —repitió el gordo para sí mismo—. ¿Y en una ferretería qué es algo fuera de lo común?

El gordo creyó que los guardias con la palabra “común” se referían a martillos, clavos o trampas para ratón. Pero “algo fuera de lo común” era una pregunta demasiado abierta. Tan abierta que rayaba en lo ridículo. El guardia sostenía un cuadernillo color blanco y un lápiz para las respuestas, pero el gordo sólo se encogió de hombros y arrugó la boca hacia abajo.

—Bueno, seguimos en la nada —dijo el guardia sin mucha preocupación.

Mi primo vio el vocho por un segundo y levantó la mirada. Las nubes rojas por el sol. Tasajeadas por un filo intermitente. Podían ser las seis de la tarde o las seis de la mañana, daba igual, el color del día es el mismo. El sol se cuelga con los mismos ganchos y los lunes parecen martes, los martes, miércoles y los miércoles, viernes. Hoy hubo una explosión pero no por eso el aire cambió. La calle sigue igual. Uniformada y recta. Seca. Anudándose por dentro. Estoy seguro que en algún punto de este pueblo todos los flujos de agua han de coincidir como las venas y las arterias en el corazón y ahí, en esa maraña de ríos caudalosos, sí ha de haber algo emotivo. Algo verdaderamente emotivo.

Mi primo caminó hacia la calle. Levantó los brazos como si trajera la sierra eléctrica, jaló una cadena imaginaria y partió el aire en dos. Hubo un ligero movimiento en el volkswagen, la camisa del cuerpo se agitó. “Hay que abrir al faquir”, pensé, “Algo quemó la cama de la señora Caro, después el vocho. ¿Qué

sigue? ¿Toda la calle?”.

—¿Cuándo vamos a romper la estatua? —le pregunté a mi primo.

—Cuando todos se duerman. Ya te dije.

—Como tú quieras.

Caminamos hacia la casa. Antes de entrar nos despedimos de los ferreteros. Ellos apenas alzaron la mano. Los guardias fumaban en la banqueta. Uno arrancó dos hojas del jardín de la señora Carolina y las aventó al piso. Unas semanas antes me hubiera enojado por eso. Ya me daba igual.

—¿Ya te conté cómo el hombre conoció el infierno? Pero te hablo del infierno literal. El que está abajo de nosotros —dijo mi primo mientras esperábamos que anocheciera.

—No —le contesté.

—No me acuerdo en dónde sucedió. Seguramente en África. Ahí comienza todo, la vida y la desgracia. Tampoco recuerdo quiénes eran los investigadores, probablemente estadounidenses. Lo que sí recuerdo fue el motivo que los llevó a toparse con el infierno mismo. Los científicos dijeron: “Hemos investigado el fondo del mar hasta donde hemos podido. Descubrimos peces nuevos, calamares de ocho metros con luces en la punta de los tentáculos, barcos y medusas transparentes. Ahora vamos a ver qué hay en el fondo de la tierra”. ¿Te das cuenta? Como si fuera un juego. Cuando leí el reportaje me acordé de los niños de la primaria San Pablo que entraron a la casa abandonada y no pudieron salir. ¿Te acuerdas?

—Todavía no llegaba a este pueblo —le respondí.

—Tienes razón. Habrá pasado hace unos cuatro años. ¿Conoces la casa abandonada que está al final del callejón?

—¿La del basurero?

—La de los ventanales. Una que tiene garfios en la puerta.

Asentí con la cabeza.

—La casa se los tragó. Un día todos los niños se pusieron de acuerdo para ir a conocerla después de la escuela. Eran como las dos de la tarde. Brincaron la barda, caminaron por los pasillos, los cuartos lleno de polvo y las cacas de paloma. Cuando intentaron salir ya no pudieron abrir la puerta. Estuvieron gritando toda la tarde hasta que sus papás, en la noche, salieron a buscarlos al parque. Luego los buscaron por todas las calles del pueblo gritando: “¡Hijo, hijo!”. Así gritaban. Incluso fueron con los ferreteros. El gordo vio a los niños meterse al callejón. Los papás fueron allá y señalaron la casa abandonada entre todas las casas. Resaltaba como una catedral. Sus columnas estaban más gordas. Los garfios brillaban. Uno de los papás abrió la reja y entraron todos. Luego intentaron abrir la puerta pero estaba sellada con algo más fuerte que veinte brazos juntos. Los ferreteros llevaron herramienta y no sirvió de nada. Todas las palas y las llaves se doblaron como el papel cuando tocaron las cerraduras de la puerta. La policía nunca llegó.

Después de tres días los papás se convencieron de que no podían sacar a sus hijos

y ahí los dejaron. A veces escuchábamos sus gritos en la madrugada. Lloraban tanto y tan agudo que no nos dejaban dormir y en la mañana, cuando íbamos por la leche o por el pan, parecía que la casa se movía por dentro. Como si estuviera haciendo digestión algo pequeño y delicado. Todos siguieron con su vida. Los papás iban al trabajo, yo los espiaba por las ventanas, lavaban los carros al mediodía y en la tarde platicaban del clima, pero ya no hablaban igual. Luego en las tardes se escuchaban aullidos desde el monte, los perros ladraban y las cosas de la calle se iban haciendo más grandes. Los postes, las llantas, los botes de basura. Todo se deformó. A veces pasaba un auto por la carretera.

Así estuvimos nueve días hasta que los aullidos bajaron a la cuadra y luego a las puertas de nuestra casa. Arañaban la perilla y tocaban tres veces, siempre tocaban tres veces. El segundo era un golpe más fuerte que el primero y el tercero más fuerte que el segundo. Olían la bisagra y gemían con la boca pegada a la cerradura. Yo me tapaba los oídos, cerraba los ojos y rezaba muy fuerte porque sentía que en cualquier momento se iban a escabullir debajo de la puerta y me iban a llevar con ellos. El gemido seguía. Profundo y cavernoso. Como si al llorar se les raspara la garganta. Como un animal atrapado. Un lobo o un becerro, porque a veces, en la noche, los sonidos se confunden. ¿Sí te ha pasado que vas caminando y escuchas como que alguien te llama o que algo se mueve atrás de ti, volteas y no hay nada? ¿Sólo la sombra de un árbol, hojas secas?

Una noche, cuando escuché los sonidos atrás de la puerta, me levanté de la cama y quise sorprender a lo que sea que estaba aullando. Me acerqué a la perilla. Volteé atrás para ver si alguien estaba conmigo en el pasillo pero estaba sólo. Todos dormían. Volví la mirada y detuve mi mano antes de abrir. Pegué la oreja en la puerta. Ahí estaban, respirándome en el oído, jadeando desde el fondo del estómago. Aunque no los veía sabía que eran muchos. Eso se siente en el cuerpo y en la piel pequeña y enroscada cuando algo nos da miedo. Suspiré hasta el fondo y abrí la puerta...

Mi primo se detuvo un momento. Recorrió las cortinas. Ya era de noche. Creí que no iba a terminar la historia para continuar con la misión del faquir. Se asomó a la banqueta y me dijo que ya no había nadie, todos estaban dormidos.

—¿Qué pasó después? —le pregunté.

Se quedó callado. Parecía que recordaba algo muy confuso. Volvió a cerrar las cortinas y terminó de contarme la historia pero ahora me habló en secreto. Tuve que levantarme de la cama y sentarme junto a él para escucharlo.

—Eran ellos. Los niños. Se habían disfrazado con la piel de un animal grande y peludo. Tenían garras y un hocico alargado. Así podían trepar por las paredes de la casa, correr arriba del callejón y cazar ratones para comérselos. Cuando abrí la puerta estaban amontonados en el piso, en cuatro patas y arañando la perilla. Se levantaron de un brinco sobre sus dos piernas, levantaron la cabeza, aullaron hacia la copa de los árboles y corrieron hasta el callejón. A uno se le cayó el disfraz. No pude verle la cara. Era muy noche y los faroles se apagaban y se prendían. Lo que sí vi es que no

traía pantalones. Andaba en trusa.

—¿Los viste otra vez?

—Todos los vimos. Incluso en el día. También sus papás pero nunca hicieron nada. En la tarde salían a jugar en la carretera, después regresaban al monte, cazaban ratones y aullaban hasta que el sol se hacía más pequeño. Guardaban las uñas entre su espalda y la piel postiza. Uno de los papás dijo que para qué iba por ellos si allá estaban contentos, jugando a ser animalitos. Hace tiempo que no los veo. A veces vuelven a salir, pero hace tiempo que no los veo.

—¿Y la casa?

—Ahí está. Que yo recuerde no le han hecho nada. Simplemente nadie va para allá.

Mi primo se levantó de la cama y fue hacia el busto de metal. Lo vio por un momento y me preguntó la hora.

—Son las once y media —le respondí.

—Perfecto —envolvió la sierra con un trapo grande—. Es la hora perfecta. Si nos vamos corriendo hasta los tráileres de la carretera llegaremos en unos quince o veinte minutos. Preparamos todo en tres minutos más y rompemos el faquir justo a las doce de la noche. Es la hora exacta para la magia. El punto de equilibrio entre el día y la noche. La muerte y el comienzo de un nuevo año. Tapa el faquir con las chamarras.

Mi primo se puso la mochila con las revistas, los guantes y la cámara de video. Cogió el bote de basura con el brazo derecho, le dio un beso en la boca a nuestra rubia preferida. Marilyn nos guiñó el ojo.

La calle estaba sola. Los faroles encendidos en la esquina y el volkswagen parecía un caracol dormido. Al caminar hacia la esquina volteé a ver el callejón de los niños. Todo apagado. Las fachadas de la casa parecían las velas de un barco deshecho por la tormenta. Doblamos en la esquina hacia la derecha y caminamos tres cuerdas hasta llegar al mirador. Vimos la carretera a lo lejos. Pequeña y alargada. Colocamos el faquir en el piso para descansar un poco. Respiramos. Algo se prendió en medio de los tráileres. Parecía una vela. A la distancia parecía una vela. “Debe tener el tamaño de una fogata” pensé.

—Hay alguien en los tráileres —le dije a mi primo señalando la pequeña flama en medio de los camiones.

—Es una señal —me dijo—. Estamos en el camino correcto. Vamos.

El faquir pesaba bastante. Mientras caminábamos calle abajo imaginé todo lo que podría llevar adentro de sí. No podían ser plumas. ¿Por qué llevaría eso? Si este objeto estaba rodeado de inciensos en la cama de una señora cincuentona y sola era porque tenía que llevar algo más allá de lo material. Sé que estoy hablando como mi primo, pero fue lo que pensé en ese momento.

Llegamos a la última calle. Era una empedrada con dos cactus en medio. Los

autos tienen que rodearlos. Nunca los arrancaron. Decían que abajo de ellos estaban los cuerpos de dos albañiles que murieron de un infarto mientras construían las primeras casas de nuestro pueblo. “¿Nuestro?”, que raro se escucha esa palabra, debí pronunciarla en voz alta porque mi primo volteó a verme y sonrió. “Nuestro pueblo”, repetí en mi cabeza. “No es tan feo después de todo... ¿Por qué lo odio tanto?”. Nos paramos a la orilla de la carretera. No pasaban autos. El cielo estaba despejado. Los árboles se movían de un lado a otro y Marilyn bailaba sobre las palmas abiertas de la luna. Deslizaba su falda entre las rodillas. Cantaba en voz alta, luego cerraba la boca y señalaba con la punta de su pie a todos los conductores derribados en los tráileres. A lo lejos, la vela seguía brillando entre las cajas de los camiones. Cruzamos la carretera.

—Hay una fogata atrás del tráiler.

—Es una señal.

—Es una fogata. La que vimos en el mirador. Hay alguien. ¿Y si mejor nos vamos?

—Claro que no. La noche es perfecta. No hay nubes.

El primer tráiler. El primer tráiler lo rocé con la mano. La arena se levantaba con el viento. Hacía frío.

—¿No serán los niños de la casa?

—Escucharías cómo aúllan. Sígueme.

Llegamos al segundo tráiler. Todos estaban acomodados en fila como un varamiento de ballenas. Como si al chocar y volcarse en la carretera el piso los acomodó en orden de aparición. Tuve ganas de volver y salir corriendo, de aventarle todo a mi primo y dejarlo ahí, en medio del desierto. Era la primera vez, en tres años, que podía agacharme y tocar la carretera. Jugar con ella. Aplastarla con los dedos y engordarla, doblarla y estirla de nuevo, cambiar su dirección y hacer que partiera el mar como una flecha parte el aire. Me detuve, coloqué el faquir en el piso y di la vuelta. La carretera estaba sola.

—¿Si camino hacia la derecha a qué ciudad llego? ¿A la izquierda?

—¿Adónde vas? —preguntó mi primo—. Es mejor romper el faquir atrás de esta cabina.

Lo escuché ya un poco distante. Seguí caminando. Era la noche perfecta para escaparme. Podría correr hasta la pista de concreto, mi primo seguramente iría tras de mí pero estaba a unos treinta metros de distancia. Tenía ventaja, pude hacerlo. Continué caminando.

—¿Adónde vas? —volvió a preguntarme ahora un poco más fuerte.

“A muchas partes” pensé, pero no le respondí. Al mar, seguramente voy al mar. Ahí está mi madre navegando en charcos de agua con diecisiete vacas y unos turistas. Tengo que ir por ella. No sé cómo ni dónde pero al menos ya estaré lejos, en otra ciudad que sí valga la pena.

Caminé más rápido. Me sudaban las manos. El corazón como los motores a punto

de arrancar. Levanté las piernas hasta donde los huesos me lo permitieron y corrí, corrí muy fuerte. El polvo se levantó con mis pies. Hubo algo de brisa en todo eso, como si los árboles fueran las palmeras de un buque en medio del atlántico y los tráileres un arrecife color morado.

—¿Adónde vas? ¡Regresa! ¡Regresa! —Escuché gritar a mi primo a lo lejos. Cada vez más pequeño y distante. Un punto retirado sobre la arena.

Llegué a la carretera. Volteé a ambos lados para decidir el camino y me dio igual, lo importante es huir. Cuando mis tíos se enteren que escapé ya estaré a varios kilómetros. Giré hacia la derecha y corrí más fuerte. Atrás, mi primo se estiró como las sombras. Se alargó en la noche y gritó mi nombre.

—Márlin, te amo —es todo lo que pude pensar mientras corría.

Márlin bajó a la tierra. La sentí caminar sobre mi hombro cuando me encontró en medio del desierto. Solo y oliendo a camaleones.

—Los dos estamos abandonados —le dije, pero creo que no me escuchó.

Se remojó los labios como siempre lo hacen ese tipo de mujeres. En silencio y con los poros abiertos. Más si escuchas el sonido de su boca. Ella, mi mujer, la amante de mis dedos y mis piernas, estaba delirando. Terminó de remojarse los labios, se acarició el pecho dos veces y escupió todos los somníferos de las cuatro cincuenta y cinco. Desnuda, boca abajo y con el teléfono descolgado.

Sabes mucho, Márlin. Me conoces demasiado. Te sabes el nombre de mis huesos, el año en que nací, con qué mano escribo y los secretos del gobierno. Me espías, corazón, y eso no está bien para algunos. Conmigo no es necesario. Tú y yo nos podemos arreglar las cejas y todo lo que hemos ganado lo vamos a encajar, juntos, en la tierra. Seremos felices. Después de todo, el hambre se acaba con el hambre. Sólo hay que esperar a que el instinto de alimentarnos comience por nuestros propios hígados. Así, hasta que poco a poco nos convierta en el aura de un ángel rubio y desquiciado.

Por cierto, ¿tu madre ya te habla? Supe que está en el manicomio y que apenas reconoce la palma de tu mano. Mi madre sigue navegando. No puedo decirte exactamente dónde está porque siempre me escribe de un puerto distinto. Pero si al menos supiera que está en un manicomio, si tuviera la certeza de que al cruzar determinada puerta podría verla, olerla, sentirla, abrazarla, aunque me llame con un nombre distinto cada miércoles, entonces sería otro. No estaría aquí en la carretera platicando con una sombra. La belleza se acaba, Márlin, y también la paciencia. Mi padre no ha vuelto, ni lo hará. Bueno, qué te puedo decir. Tú lo ves todo desde el póster, pegada en la pared como al pecho de un hombre.

Me callé unos diez segundos para contemplar el fondo de sus ojos, los rizos de su cabello y la piel agrietada por la edad.

“Uno sigue envejeciendo después de la muerte” pensé, “y no hay fuerzas humanas para evitarlo. Dejamos de latir, perdemos el color como tu rímel, Márlin, que ahora parece la cáscara de un hueso. Nos arrugamos hasta lo deforme. Nos

torcemos y ahí cantamos cosas distintas. Le cantamos a la coca, a los somníferos o a cualquier otra cosa que nos punce el corazón”.

Una motocicleta me despertó. Era el cartero. La noche seguía y él era el único en toda la carretera.

—¡Por Satán, diablillo asqueroso, al fin te apiadas de mí! ¿Sabes a cuánta gente tengo que matar para subir hasta tu basurero? Miles. Seguro un insecto se te metió por la coronilla y te hizo bajar a esta perrera. Son las cuatro de la mañana, ¿qué haces? ¿Estás invocando al diablo?

Me tallé los ojos para despertar del todo. El cartero se bajó de la motocicleta.

—Estás ansioso por la carta, ¿no es cierto? ¿Sabías que venía hoy?... No te preocupes. Tu madre sigue viva. No le han arrancado la cabeza, eso ya no se hace. Sólo unos amigos con los que tomo gasolina persiguen mujeres para degollarlas, pero sólo son tres y salen cada cuatro años. Como los vampiros de los que hablan en el radio. Mentira. Esos vampiros no existen. Esto sí es real.

Se abrió la camisa del pecho y me mostró el tatuaje de una lagartija al lado del pezón izquierdo.

—Te dije que me iba a tatuar a este animalejo. Me encantan estos bichos.

“No son bichos” pensé, “son reptiles”.

—Y mira —continuó abriéndose la camisa completamente y mostrando el tatuaje de una cobra que le envolvía la aureola del pezón derecho—. A este lo maté cuando fui a enterrar a una de las niñas del salón dorado. Porque no nada más soy cartero, también cobro por cargar ataúdes. Me acuerdo —suspiró—, la tarde brillaba como un cráneo incendiado, los árboles rojos como el dolor y yo sudaba con toda la lengua de fuera. ¡Maldita niña repugnante! ¡Pesaba como trescientos kilos la hija del averno! ¡Por Satán, te juro que eso pesaba la alacrana! Yo iba al frente del cargamento y a un paso de entrar a su tumba me saltó a la cabeza una serpiente con todo y crucifijos. La mordí y le arranqué los pezones hasta comérmela completita. ¡Por Satán! ¡Qué delicia! ¡Esto es el infierno!, pensé, ¡La gloria de tragarte algo venenoso! Después de eso la niña me pesó lo que me pesa una pasta de uñas. Nada. Y dije: yendo con el muchacho de las cartas marítimas aplasté una lagartija y le prometí tatuármela. Ahora voy a tatuarme este bicho.

“Que no es un bicho”, volví a pensar.

—Es como traer las muelas del diablo en el pellejo, porque en su boca trae arañas, gusanos, membretes y pistolas. ¡Mira! ¡Que me mires los tatuajes, bestia! —gritó el cartero.

La noche seguía quieta y la carretera no se movió.

—¡Que mires, diablillo asqueroso, cómo me brillan los tatuajes!

—La carta —le recordé.

—La carta, la carta... —dijo entre dientes.

Abrió su mochila, metió la mano y sin mirar el remitente me entregó un sobre color blanco.

—Puedo leer las cartas sin abrirlas. Te digo, tu madre está viva. Me la saludas cuando regrese... —soltó una risita.

No sé porqué se rio. Arrancó su motocicleta y lo perdí de vista. Yo me senté en el piso, a la orilla de la carretera. Amaneció. Vi cómo la tierra del desierto cambió de color. Abrí el sobre. La carta venía desde Kenia.

Hijo, estoy feliz, radiante. La brisa me llena los pulmones y las olas del mar me saben a agua dulce. Todo es perfecto, hijo. Las nubes son más grandes, transparentes. Me tocan la orilla de los labios y el cabello. Si te digo que estoy contenta es poco. Respiro, por fin respiro y el agua de estos polos brilla desde la entraña, corazón. Ayer vi delfines saltando a la orilla del barco y Ulises, el trompetista de la banda, me cargó en sus brazos. Compone melodías maravillosas. Algo que nunca había escuchado y que sólo aquí, en medio del Atlántico, se oye como un aleteo de pájaro. Quisiera que lo conozcas. Él sí me respeta. Se enamoró de lo que digo y de lo que pienso. De cómo soy. Siempre me sorprende con algo distinto. Un beso, una canción... la verdad me da mucha pena decirte todo esto. Parezco una niña pero qué importa, hijo. Estoy contenta y sé que pronto voy a llegar a verte. Él también. Me dijo que te quiere conocer. Después de la fiesta del “chivito” me acompañó a pasear las vacas en cubierta. Me ayudó a dividirlas en dos grupos y él paseó a las más jóvenes. Esas son las más avispadas y las más traviesas. Retozan por todos lados y es necesario que las dome un brazo masculino. Yo ya estoy cansada para esos trotes. Después de un mes persiguiendo al chivito por los pasillos, de alimentar a todo el rebaño, de limpiarlo y arrearlo afuera del establo para que les dé el sol, una se cansa. Cuando me dijeron que iba a trabajar en el barco me imaginé todo menos esto. Ulises me salvó. Aparte de tocar los viernes en el salón de baile y componer por las mañanas, me ayuda con los animales. Ese día me sorprendió por la espalda. Yo jalaba el mecate que arrea a todo el rebaño puesto en hilera. Traía la mirada perdida en el horizonte. Él tomó mi mano, sujetó la soga por encima de mis dedos y tiró de ella. Yo me separé del horizonte y regresé hasta el barco. Sabía que era él, Ulises. No quise voltear enseguida porque me dio pena. Te lo confieso, hijo, y no le vayas a decir nada de esto cuando lo conozcas, creo que hasta me puse roja. Esa tarde platicamos de todo y de nada a la vez, ya sabrás a qué me refiero cuando te enamores. Le dimos la vuelta a todo el barco, se hizo de noche y me ayudó a guardar las vacas. Después contamos las estrellas y las colgamos a la orilla del timón, cambiamos de coordenadas y aceleramos el barco hasta encallar en una orilla transparente. Él tocó su trompeta por dos horas. Yo no podía hacer otra cosa más que verlo tocar. El cielo se pintó de azul y amanecí con sus dedos en la boca. Mientras él dormía, repetí su nombre tan quedito que ni las almohadas me escucharon, “¡Ulises, Ulises, Ulises!”. Mi compañera de camarote

entendió lo que pasaba y se fue a dormir con el capitán, no es que ellos se quieran, pero les gusta dormir juntos. Ya sabes, en el mar uno busca en qué entretenerse. El capitán es canijo. Ya se metió con varias de la cocina y con dos recamareras, que yo sepa. Cuando viajes en tren o en barco y te aburras de ver siempre lo mismo, enamórate. Al conocer mujeres, pídeles su teléfono, por puro compromiso si es necesario, y promételes que vas a ir a visitarlas. A nosotras nos gusta escuchar eso aunque sabemos que es imposible, pero todas, al menos las que yo conozco, nos ilusionamos con un príncipe extranjero que anda recorriendo el mundo para buscar el amor de nuestros brazos, y en esa ilusión, en ese espejismo de fantasía, puedes casarlas, dormir con ellas, acortar el viaje y después, después todo es una mancha en la memoria. Hay otras mujeres que no se ilusionan. Se trepan al barco con el boleto más alejado de toda la ruta justo para eso, para dormir con alemanes, hebreos, cosacos. Con ellas no hables tanto, sé prudente, eso sí, porque aunque quieran dormir con el primero que les roce la pierna, a ninguna le gusta sentirse utilizada. Haz que todo parezca un juego. Invítalas una copa y platiquen de algo casual. Hay preguntas y respuestas clave, hijo: “¿Viajas sola?” o “No, Caballero. Es un viaje de placer, me estoy tomando unas vacaciones”. De esas hay muchas en este barco. Con Ulises es diferente. Me describe su país mientras toca los viernes en la noche. Luego amanece y vuelve a anochecer en un minuto. Las vacas suenan con nosotros, se detienen, levantan sus hocicos al techo del camarote y mugen con el beso y su beso y mi beso.

Por cierto, Silverio Pérez nos dedicó una corrida completa. Viaja en este barco. Subió en un puerto de España y no nos ha abandonado. Dice que “El Cafard” es la mejor embarcación que ha conocido y no sabe cuándo va a dejarla. No está muerto, hijo. Silverio Pérez no está muerto. Él es inmortal entre los hombres. Anda viajando en los barcos para olvidarse de sí mismo. Sube en España y baja en Francia, transborda en Sierra Leona hasta llegar a la India y regresa al puerto de los toros e inicia de nuevo. Dice que ya está cansado de las plazas y que los huesos no le dan para torear. Además, toda su familia está muerta. Por alguna razón que los doctores no pueden explicar, Silverio no ha tenido ningún infarto. Sigue creciendo y avanzando con los años. Él cree que es por tanto sacrificio en la plaza. Antes los toros eran mágicos, me explicó, si uno derramaba su sangre en la llanura, frente a frente y sin armas de por medio, uno adquiriría la fuerza del animal. “Algo debe haber en ese mito”, me dijo, “porque no he muerto. Veo cómo pasan los días y yo igual. Más viejo, sí, pero hasta mis nietos ya caminan con bastón. Ya no puedo torear y la gente ni se acuerda de mí”. Si tu abuelo lo hubiera conocido estaría muy feliz. Te acuerdas con cuánta devoción limpiaba el póster de Silverio en la plaza de toros. “Silverio Pérez, el torero torerazo, frente a dos novillos de la cuadra Percherón, en la plaza de toros México. Sábado once a las siete de la tarde. Noche de cuplés y banderillas”... me acuerdo.

Hijo, con todo esto siento como si un mundo se me hubiera revelado. Un mundo en el que puedo caminar con alguien honesto y cariñoso, un mundo en el que veo a

mi padre limpiando la cara de Silverio, sus brazos y el capote. Remojar con dos gotas de agua el trapo azul con que recorría de manera artesanal los contornos del anuncio. Respirar y saborearse el papel como si estuviera oliendo la misma tarde de Silverio, el torero torerazo. Recuerdo cómo se levantaba el polvo, igual que la tierra entre las patas de los toros, y cómo mi padre sacudía el trapo con sus manos, como si él estuviera en la plaza, en medio de toda esa gente y haciendo floreos con el trapito azul de la cocina.

Ulises y yo comenzamos a jugar entre las vacas. Él me perseguía y yo no me dejaba atrapar. Noté que un viejo nos veía pero no me importó. Luego el viejo se acercó a nosotros, caminó entre las vacas y me tomó de las manos. “Señorita...” tú crees, corazón, me dijo señorita. “Señorita, disculpen que los interrumpa, pero ustedes son algo nuevo para mí. Un amor que se persigue entre las reses. Yo estuve a punto de morir con ellas cada fin de semana. Permítanme festejar este regalo en su nombre y de la manera que lo puedo hacer, si es que la edad me lo permite”. Yo le pregunté cómo y él me respondió que toreando. “Tal vez mi nombre le diga algo. Soy Silverio Pérez, torero. A sus órdenes”, me dijo. Al principio creí que era una broma. Todos en la casa supimos cuando murió, ¿te acuerdas? Tu abuelo llegó del trabajo como si hubiera visto un fantasma, corriendo y con la cara pálida. Prendió el radio y sin decir nada se sentó enfrente del aparato. Mi mamá le preguntó que qué le pasaba pero él no respondió. En el radio se escuchaban “Las toreras” de Alfonso Gaona, un suspiro a través de las bocinas y gente marchando y aplaudiéndole por última vez al dueño del toreo, al torero torerazo. “Fingí mi muerte”, me dijo después. “Vi con pena que no llegaba ese momento y cómo la piel se me estaba arrugando hasta los tobillos. Prefiero descansar solo. Sin que la gente me pregunte cosas del toreo y de cuando yo era joven. Pero a ustedes les quiero regalar algo”. Le pregunté qué y él me respondió que una corrida. Imagínate, hijo, a Silverio Pérez en frente de nosotros. Claro que ya no es el hombre de garbo y porte de matador pero es él, él, Silverio Pérez y no otro. Tomó un mantel de las mesas del comedor, salió a cubierta y se enfiló hacia una de las vacas. La provocó, hizo que mugiera como un animal mitológico y él, con sus piernitas de viejo amable, la toreó con el mismo ímpetu de hace años. A mí me parecía que se iba a quebrar y me daban ganas de abrazarlo para que no se rompiera, pero Ulises me detuvo y me dijo que a los pianistas les pasa lo mismo cuando ya no controlan sus dedos. Hay que dejarlos ser, que hagan su esfuerzo aunque el cuerpo y la digitación ya no sean lo mismo.

La gente, poco a poco, se amontonó alrededor de nosotros. Salieron de los camarotes y del comedor. La cubierta estaba llena de turistas y todos gritaban “¡Ole!” cuando el mantel rosaba las manchas de la vaca y Silverio extendía los brazos como diciendo “Apláudanme”. El capitán sólo se rio del desfiguro de ese viejito. Eso le pareció, un desfiguro. Luego se fue a encerrar con una de las cocineras al camarote. Pero lo mejor vino cuando Silverio detuvo la corrida, se recargó en una de las paredes para tomar aire, secarse el sudor de la frente con las mangas de su camisa a cuadros y

gritar a todos los presentes que su último esfuerzo con los toros se lo dedicaba a los enamorados del barco. Muchas parejas, que somos bastante en la tripulación, le aplaudimos y gritamos “¡eh!”. Pero sólo nosotros, Ulises y yo, sabemos quién es el viejito del capote. En el barco nadie conoce su pasado. Silverio nos pidió que no se lo dijéramos a nadie. Cuando terminó la corrida y la gente le preguntó quién era y cómo se llamaba, él respondió “Silverio” pero no dijo nada más. Ni apellidos, ni oficio. Un portugués insistió en hacerle plática y Silverio le inventó cosas. Le dijo que era granjero y que su sueño de toda la vida fue pasear en barco, que había ahorrado por veinte años para hacer este viaje de placer y estas vacas le recordaron su casa. También le dijo que una vaca había perseguido a su madre cuando estaba embarazada y cuando él nació, todo le estaba permitido, todo menos acercarse a los vacunos. “La mejor manera para que un niño cometa imprudencias es decirle: te prohíbo esto, te prohíbo lo otro, y como tanto me dijeron te prohíbo que vayas con las vacas, pues fui con las vacas, y aquí me tiene. Si algo me recuerda a mi casa son esos animales”. El portugués sonrió, le dio un apretón de manos y le dijo que lo vería en el comedor.

Después de esa tarde casi no lo hemos visto. Come solo y camina solo junto a la borda cuando anochece. Me pregunto si toda la gente va a terminar así. Abandonada. Es decir... bueno, hijo. No tiene caso continuar con esta idea. Silverio quiere estar solo y vamos a respetarlo. El capitán me dice que en unas dos semanas llegaremos a la India, venderá las vacas y terminará el viaje. Pero antes hay otro puerto, te escribiré cuando lleguemos, te lo prometo. Ya en la India veré qué hacemos. Ulises me dice que tiene conocidos en otro barco en el que trabajó. No sé, ahorita no sé nada. Mientras él me acompañe todo está bien. Te quiero, hijo. Te mando un beso. Espero que estés bien. Diviértete.

Me dio risa. Doblé la carta en cuatro partes y la guardé en la bolsa del pantalón. Mi madre siempre ha sido extraña, pensé. Se inventa cosas para que yo me calme. Desde recetas de cocina hasta canciones. La imaginé caminando de la mano sobre “El Cafard”, ¿quién le habrá puesto ese nombre? ¿Cómo será Ulises? ¿Cuántos años tiene? Me lo imagino de piel oscura, alto, con el cabello negro y ondulado. Una chamarra azul, un pantalón café y tal vez un suéter con cuello de tortuga. ¿Fumará?... no creo. A mi madre no le gusta el olor del cigarro, aunque mi abuelo sí fumaba. Cada vez que él, mi abuelo, apagaba el radio, caminaba hasta la puerta de la cocina, se recargaba en ella y prendía un Romeo y Julieta. Mi madre dejaba de hacer lo que fuera que estuviera haciendo y se iba a cortar flores al patio. Mi abuela no. Ella seguía en el fregador lavando los platos, acomodando la mesa o rebanando algún mango mientras mi abuelo, solidario con la edad y el amor, la observa caminar de un lado a otro, exprimir los jugos de la fruta sobre una cazuela transparente y reírse apenas para sí misma. Él llevaba el cigarro a su boca, se acomodaba el cuello de la camisa como si estuviera viendo a su mujer por primera vez y soltaba el humo de un

golpe. Todo flotaba en ese momento. El humo, la fruta, los trastes. No se decían nada, sólo se veían. De chiquito no entendí ese tipo de comunicación. Yo seguía abajo de la mesa viendo cómo flotaban las cosas. Después ese silencio me pareció alucinante.

Yo creo que Ulises sí fuma. Los músicos lo hacen y ha de fumar cigarros importados como mi abuelo. Los cubanos son los mejores, eso dijo mi abuelo, porque el tabaco de esa isla dota de cierto poder a los hombres. También creo que Ulises toma vino y tiene un título de máster en composición musical. Ha de correr muy fuerte y sabe nadar. ¿Tendrá su propia escuela? No me refiero a un edificio con puertas y ventanas, sino a un modo de hacer música, de escribirla y sacarla del instrumento. Eso dice mucho de los hombres, de cómo ven el día y cómo lo recomponen para que todo sea nuevo. Sí, él tiene su propia escuela y ya me está enseñando muchas cosas. No conozco el mar, pero me imagino que si alguien se ha de sentir solo, verdaderamente solo, ha de ser ahí, en medio de las olas. Extender la vista a donde sea y no ver nada. Gritar y ni siquiera poder escucharnos porque el mar se lo traga todo. Se eleva como una boca hambrienta llena de espuma y si nos come, nadie se da cuenta. Metí la mano en la bolsa del pantalón y toqué la carta. “En medio del desastre es posible que alguien toque una melodía para nosotros”, pensé, “¿por qué no?”.

Me levanté del suelo. Vi la carretera por ambos lados, primero a la derecha y luego a la izquierda. Calculé que eran las nueve de la mañana. A esa hora mis tíos ya debían estar en el trabajo, si no es que me estaban buscando. “A ver si ahora sí limpian el sótano y me dan una recámara propia”. Me sacudí el polvo del pantalón y caminé hacia la casa. Mi madre está contenta, vale la pena regresar.

Me acuerdo que en la sala teníamos una alfombra color gris y un cuadro de mi abuelo colgado en la pared, casi de tamaño natural. Ahora, si vuelvo a ver ese cuadro, estoy seguro que sería de otro tamaño, tal vez más chico. No sé porqué sucede pero uno tiende a cambiar las cosas al recordarlas.

Una vez tuve un rompecabezas. Era una catedral con un campanario en la cima y tres arcos en forma de herradura. El sol iluminaba a la izquierda del edificio. Se notaba en la sombras. Antes de continuar con el rompecabezas abría la ventana y me recargaba a ver todo lo que se movía, desde el sol hasta los pájaros. A veces vi al gato de mis vecinos saltar por la barda, trepar por el tronco de algún árbol y perderse en el follaje. “Ahora sí lo voy a atrapar”, decía. Dejaba la ventana abierta y regresaba al rompecabezas. El campanario ya estaba terminado. En la esquina de la mesa las fichas acomodadas por color y forma. Sé que el gato me tenía medido, es decir, que el puerco ése entraba por la ventana cuando me olvidaba de él. Me maullaba en la oreja, yo aventaba las piezas y lo perseguía por todo el cuarto. Él brincaba de un mueble a otro y de un zarpazo arrancaba todas las piezas que estaban a su alcance. Corría a la ventana, llegaba al árbol y lo perdía de vista. Así hasta que me robó la mitad de las

fichas. Alguna vez traté de cazarlo con un bulldog que consiguió mi papá antes de irse a Estados Unidos. Pero nunca encontré al gato. Él sabía cuando lo estaba esperando y cuando fui a cazarlo con el bulldog. A pesar de los robos terminé la catedral. Dibujé las piezas que faltaban, las recorté e hice que entraran a hueco en los contornos de la iglesia. La caja del rompecabezas fue lo primero que se robó el gato así que todos los dibujos los hice tratando de recordar cada detalle. Cuando comparé los dibujos vi con decepción que había una gran diferencia. Las fichas que yo imaginé no encajaban por ningún lado. Recordaba que los arcos estaban llenos de sombras, el color gris que los envolvía, pero ¿qué tono de gris? ¿Fuerte o claro?

La ventana del cuarto de mi primo estaba cerrada y las cortinas no se movían. En la calle seguían el volkswagen y el cuerpo atropellado. Los ferreteros afuera de la tienda tomando cerveza y Amaranta en la puerta de su casa, seguramente vigilando que no pasara ningún auto para que sus niños pudieran salir a gatear en la calle. Me saludó con la mano. Los ferreteros me vieron de arriba abajo, se rascaron la panza y le dieron un trago a su bebida. En el jardín de la señora Caro el guardia leía el periódico. Toqué la puerta dos veces. Mi tía abrió con el teléfono en la mano. “Sí, ya me compré el curso de alemán. Con este será el quinto idioma, ¿tú crees?”. Me señaló que pasara y se fue a la cocina. Subí las escaleras, pasé al baño, oriné, le solté a la taza y me lavé las manos. Fui a la recámara, la puerta estaba cerrada, toqué pero nadie abrió, volví a tocar. Escuché cómo le quitaban el seguro a la perilla y mi primo, con las revistas de *Karma 7* bajo el brazo, me dijo “pásale”. Cerré la puerta atrás de mí y me recosté en la cama. El faquir estaba descubierto, el bote de basura debajo de la estatua, la mochila a un lado de la tele y la sierra atrás del faquir.

—¿Cómo te fue? —preguntó mi primo.

Me encogí de hombros.

—¿Tuviste frío?

Hombros.

Después de un momento de silencio, suspiré hasta el fondo y le pregunté.

—¿Se enojaron mis tíos?

—¿Por qué? —respondió mientras cambiaba de página.

Me quedé callado.

—¿Por que te fuiste? —completó.

Afirmé con la cabeza.

—No. Mi mamá dijo que no tenías adónde ir, que no tardarías mucho, y mi papá estaba dormido cuando llegué. No se enteró. En la noche, en la carretera, ¿no viste algún animal extraño?, ¿algún fantasma?

—Sólo el de Marilyn Monrou —le respondí.

—Mentira. Ese no existe.

—¿Y el Yeti sí?...

—Claro.

—¿Por qué el Yeti sí existe y el fantasma de Marilyn no?

—Porque hay pruebas. ¿No te conté de la grabación y del canadiense al que le cortaron los dedos?

—Yo no vi ese video, y a Marilyn Monrou sí la vi en el desierto. Se me apareció.

—No te creo.

—Te lo juro.

—A ver. Cuéntame.

—No. Estoy cansado.

—¿Ya ves?, no se te apareció.

—Piensa lo que quieras.

Los dos nos llamamos. Él en su revista y yo acostado en la cama. Escuché el motor de un carro atravesar la calle y me imaginé a Amaranta cargando a sus hijos hasta llevarlos adentro de su casa, cerrar la puerta y clavar los tenedores en el piso. Volteé a ver a mi primo. Él seguía fingiendo que no le interesó lo que acaba de inventarle.

—¡Ya! ¿Qué pasó? ¿Qué te dijo?

Me aguanté la risa.

—¿Qué pasó? Cuéntame.

—Bien.

—Rápido.

—Me quedé dormido en la carretera. Hacía mucho frío y de pronto sentí algo cálido en la nuca. Me desperté de golpe, volteé hacia atrás y era ella, Marilyn Monrou. Se veía preciosa. Los ojos le brillaban, iluminaban todo.

—¿Te dijo algo?

—Sí.

—¿Qué?

—Que te va a matar en la noche.

—¿Qué?

—Sí. Marilyn me dijo que va a entrar por la ventana con un cuchillo de carnicero y te va a cortar la cabeza. Y que no importa si le pones seguro a las ventanas porque ella puede atravesar el vidrio sin cortarse. También me dijo que te va a tapar la boca con su vestido para que nadie te escuche llorar, porque seguro vas a llorar y nadie te va a oír. Y te tuvo lástima. Porque iba a aventarte bajo los tráileres de la carretera pero ahora, después de que te mueras desangrado, va a quemarte y te va a guardar en una cajita junto con los Kénnedi y el resto de sus amantes.

—Eso es imposible. Los fantasmas no pueden matar a nadie. En *Karma 7* ya hubieran dicho algo.

—Yo no sé. Sólo te advierto que te quiere matar pero no me dijo cuándo. Si supiéramos cuándo va a venir podríamos esperarla para platicar con ella y pedirle que no te haga nada, pero no me dijo, así que no puedo ayudarte.

Márlin Monrou, pegada en la pared, me guiñó el ojo, se acomodó el cabello atrás de la nuca y se remojó los labios. Metí la mano en la bolsa del pantalón y toqué la carta de mi madre. Ahora todo brilla. Mi primo vio el póster por un segundo, luego vio la ventana y preguntó.

—¿Y por qué me quiere matar una mujer tan hermosa?

—Porque le caga que alguien pierda el tiempo en tantas pendejadas —Márlin sonrió—. Ella murió muy joven, a los treinta y seis años.

Me acerqué a mi primo hasta tocarle el hombro y le hablé como si estuviera confesándole un secreto.

—Ella me dijo todo lo que haría si no hubiera muerto. La gente que hubiera conocido, las películas que hubiera hecho. Me dijo que le hubiera gustado posar desnuda en la cima de un edificio y hacerse un tatuaje atrás de la rodilla. Unos pececitos nadando por todos lados. Las calles y las playas por donde pudo pasear con amigos y amantes. Todos los hombres que le faltó besar... por desgracia tú y yo no estamos en esa lista, a menos, claro, que te toque el mismo purgatorio.

—No digas tonterías.

Mi primo abrió un cajón del escritorio y guardó todas las revistas. Caminó hacia la puerta.

—¿Adónde vas? —le pregunté.

—Con... mi mamá. Voy a ayudarle con el desayuno.

Salió de la recámara. Cerró la puerta. Yo la abrí de nuevo, me asomé y lo vi bajar las escaleras. “Cerdo”, dije entre dientes. Cerré la puerta. Escuché que alguien cantaba atrás de mí. No necesité voltear para saber que era ella, la rubia de la pared. Luego escuché un motor dentro del cuarto, casi como una turbina. Volteé y Márlin, recargada en un costado del faquir, sostenía la sierra eléctrica. Las cortinas de la ventana agitándose con el aire y el sol bañando todo el cuarto. Corrí a abrazarla, la sujeté y la cargué entre mis brazos. Ella soltó la sierra y cayó al piso, luego el motor giró sobre sí mismo y rebanó las patas de la cama. Conforme giraba, la hoja de metal se encajó en los colchones hasta desplumarlos y volverlos un harapo. Tomé a la reina del brazo y la recargué en una de las esquinas. No podíamos movernos. Todo fue apretado y con la punta de la máquina en los tobillos. Me confesé con ella. Le grité todo lo que no había gritado. Su falda voló como una tormenta de nieve. Mis piernas se doblaron, ella trató de cantar de nuevo y le pedí que se callara, que ahorita no quería escucharla. Di un paso atrás y la sierra tocó la suela de mi zapato. Sujeté a Márlin, la recargué en la pared.

—Nena, tú ya estás muerta —le dije—, pero si doy un paso atrás me quedo sin piernas.

—Me gusta —me respondió Márlin mientras me mordía la oreja—. Me he malgastado con políticos, beisbolistas y actores, pero nunca con lisiados, ¿qué te parece?

—Como tú quieras.

Hizo un gesto con los ojos, me sujeté el pantalón y salté hacia el filo de la máquina. Una pluma me cortó los pies.

El resto del día transcurrió sin mucha importancia. Anocheció y fui al baño. Mientras orinaba, imaginé que mi primo insistiría con la misión del busto y la señora Carolina, pero no. Me sacudí el pene para librarme de las últimas gotas. Una cayó en mi muslo derecho, la limpié con el dedo índice. Subí el zíper y le solté a la taza. No había agua. “Qué raro”, pensé, “en este pueblo nunca se va el agua”. Me limpié la mano con el papel del baño y salí del sanitario. Abrí la puerta de la recámara, entré y vi a mi primo acostado, cubierto hasta el cuello con las cobijas. El póster de Marilyn ya no estaba en la pared y el faquir tirado en el piso como un mueble cualquiera. Antes de que le preguntara por el poster, él me dijo que se despegó solo y lo tiró a la basura. De cualquier modo te va a matar, le dije, ya sabes cómo son las mujeres, cuando algo se les mete en la cabeza... él, envuelto en las cobijas, me dijo que sabía perfectamente de qué le hablaba, que conocía a las mujeres tanto como a sus revistas y sabía cómo tranquilizarlas aunque fueran espectros. Solté una carcajada. No pude contenerme. Qué mujeres conoce. ¿La señora Caro? Ella se fue hace tiempo y nunca le dirigió más de dos palabras.

—Han de estar cogiendo al lado de los tráileres —le dije—. El faquir seguro se la está restregando bajo las cajas, entre las llantas.

Mi primo se tapó los oídos y me ordenó que me callara, como una niña. Continué con la artillería. Le describí cómo el faquir desenvaina su espada y la señora Caro feliz, llena de placer, se aferraba a la defensa de un tráiler para no caer desfallecida.

—¡Arrimado! ¡Pinche arrimado, hijo de una arreadora de vacas! —gritó mi primo.

Lo saqué de la cama a puñetazos y levanté el colchón. La carta no está. Hijo de tu puta madre. Alguien abrió la puerta.

—What happen whith you?!

Sin luz. Lleno de polvo. Busqué el apagador con la mano. No funciona. Con el reflejo de la puerta avancé tres pasos, lentos, cuidadosos, porque uno puede tropezar, caerse y encontrar algo desagradable en el piso. Algo viscoso y lleno de tierra. Intenté cargar la maleta con las dos manos para que no rozara con el suelo y ningún insecto se le trepara. Di otros tres pasos igual de lentos, sin prisa. Un tejón que reconoce el agujero. Avancé. La luz de la puerta disminuía poco a poco. Topé con algo duro. Sujeté la maleta y me detuve un momento. Esperé que algo se moviera. Nada. Pateé la cosa, el bulto raro que tenía enfrente.

Ahorita nada tiene forma. Voy a esperar a que amanezca para reconocer mi nuevo

cuarto, incluyendo los objetos. Sólo voy a reconocer éste, nada más. Con éste podré darme una idea de todo lo que hay en mi recámara.

Dejé la maleta en el piso.

—Espero que nada se le trepe.

Toqué el bulto por todos lados. Era un objeto grande, con aire entre sus puntas, y estaba cubierto por una manta arrugada y áspera. Deslicé las manos hasta el suelo, tomé la orilla de la manta y tiré de ella. Tuve que dar tres o cuatro jalones para descubrir completamente la cosa. Acomodé la manta en el piso, levanté la mirada y toqué sus formas, las puntas, el tubo que sostiene a los tubos más pequeños, la base circular, las argollas y las curvas. Estaba frío. Las velas también estaban frías. El candelabro pudo figurar en alguna ópera famosa o en un barco de lujo. Tenía doce velas. Una por cada mes. Di la vuelta. Caminé mis veintitantos pasos de regreso. Salí del sótano y llegué a la cocina. Cogí los cerillos. Regresé al candelabro. Lo encendí. A pesar del tamaño, sus rayos no iluminaron todo, apenas alumbró como una constelación lejana. El sótano es largo igual que un túnel. Regresé a la maleta y busqué el zíper. Una araña cruzó por los amarres. La aventé con la mano y la busqué para aplastarla de un zapatazo. Se escapó. Abrí el zíper. Saqué dos cobijas. Me recosté a un lado de las velas.

Apenas cerré los ojos cuando un cosquilleo me recorrió la pierna dentro del pantalón. Me senté y la sacudí tan fuerte como pude. Recorrí la tela de mezclilla y busqué al entrometido que no me dejaba dormir. Maldita basura. Lo sentía en la espalda, subir por la columna con sus múltiples patitas hasta llegar a mi nuca. ¡Y ahora en mi pecho! ¡Maldita basura, en dónde estás! Me quité la camisa, me acerqué a las velas del candelabro, me sacudí todo el cuerpo, ¡ah! Levantaba los brazos para verme los costados, el pelo, todo me cosquilleaba. Vi al insecto en mi codo por un segundo, luego en la muñeca, agité las manos una y otra vez. El insecto voló hacia mi barbilla y dio saltitos entre mi cuello y mi oreja. ¡Ahí pude aplastarlo! Una baba resbaló por mi hombro. Me lo quité del cuerpo y acerqué la mano con todo y bicho hacia las velas. Observé lo que quedaba de él y algo me pareció familiar, su color, sus patas, algo. Regresé a la maleta para sacar un trapo y limpiarme la mano. Las velas atrás de mis hombros iluminaban un círculo en el piso. La maleta se quedó en la oscuridad. Estiré la mano para alcanzarla, la jalé hacia mí y una especie de hormiguero cubría toda la maleta. No eran hormigas, estos insectos eran amarillos, redondos y con patas por todos lados, pero corrían y se amontonaban igual que las hormigas.

—¡La señora Caro! —grité—. ¡Su jardín! ¡Estos insectos son de su jardín!

Señalé a toda la marabunta como a un criminal. ¡Son de ella! ¡Son de ella! Desprendí una vela del candelabro y la acerqué a los insectos, no sé porqué lo hice, supongo que para asustarlos con el fuego, pero obviamente no funcionó. Iluminé a mi alrededor. Busqué algo con qué matarlos y no encontré nada, sólo muebles viejos y mantas arrugadas. Toqué la pared con las manos y avancé hasta el fondo del sótano.

Sentí el polvo del cemento, algunas telarañas.

Conforme avanzaba, el polvo fue cambiando por un hongo húmedo. El clima también era otro. Como una brisa, una ligera brisa. Un cambio en el aire que se nota al respirar. Escuché algo abajo de mis pies. Me detuve y acerqué el oído al piso. Dudé un instante. En este cuarto el piso es de madera vieja, puse la vela a un costado, y no batallé en levantar dos o tres cachos de tabla. Escarbé, saqué la tierra a pedazos hasta encontrar pequeños hilos de agua. Respiré profundo. Una brisa más fuerte y clara iluminó mis pulmones. El cadáver del insecto en la palma de la mano desapareció entre todo el ajetreo. El ruido no. Algo fresco y húmedo se mueve abajo de la tierra. ¿Y si el núcleo de nuestro planeta no es de fuego, sino de agua? Una gran bola de agua girando sobre sí misma. Desprendí más cachos del piso, acomodé los montones de tierra atrás de mí. La brisa en los pulmones y el agua escapándose en pequeños chorritos. Me levanté y, más que observar, la escuché por todo el cuarto. Abajo del sótano. Recogí la vela. Toqué la pared, los hongos. Regresé al candelabro. Vi a las arañitas encima de mi camisa también. ¡De mi camisa! No podía creer lo que estaba pasando. Me sacudí el cabello una y otra vez tratando de explicarme cómo y porqué se detonó todo esto. El sótano lleno de mantas arrugadas, los insectos comiéndose mis cosas y ¡el agua! ¡La escucho por todos lados! Conviví con los insectos todo el tiempo que trabajé en el jardín de la señora Carolina y no me di cuenta que viven aquí, que vienen de aquí. Yo los mataba en los matorrales, se los di a los niños idiotas para que los aplastaran. Me siguieron. Sí. Es posible. Vi a mi alrededor. Caminé hacia un bulto más pequeño que el candelabro. Corrí la manta y lo acerqué a la luz.

Una silla, sin nada especial, sólo una silla. Me senté y recogí los pies, encorvé los hombros, fruncí el ceño, me sobé las piernas. Vi a los bichos caminar de un lado a otro, amontonarse sobre sí mismos, algunos se resbalaban de la camisa, pero sus hermanitos les aventaban una cuerda y los trepaban de nuevo, luego se paraban en dos patas, como si fueran humanos, y me enseñaban sus vientres rojos y abultados, cada uno tenía ocho ojitos al lado de las antenas, verdes como el jade. Los insectos que no se paraban, giraban panza arriba, otros, que sí estaban en dos patas, los empujaron sobre el zíper de la maleta hasta llegar a los amarres y los columpiaban de arriba abajo, pelaron sus ocho ojos y recorrieron sus miradas mientras sonreían, así como sonríen los insectos. Sin bajarme de la silla, me incliné para escucharlos. Ellos platicaban en secreto y con una voz chillona. Algunos volteaban a verme con sus antenitas moviéndose en el aire, regresaban la mirada, acordaban algo con sus ocho ojos viendo para todos lados y un segundo después estallaban en una risa larga y aguda. Ahí, todos amontonados, con los vientres de fuera y sus ojos brillando como un enjambre de linternas, todos se ven iguales. En el zíper se resbalaron panza arriba, algunos saltaron al piso simplemente. Rodearon la camisa y mi maleta, metieron sus patas abajo de éstas, hicieron una señal con las antenas y como si estuvieran cargando una hoja del jardín las levantaron sobre sus hombros. Caminaron hacia mí, muy lento. A dos pasos de la silla, es decir, a unos veinte insectos, pude escuchar sus voces con

claridad. Platicaban de una feria, de un grupo de gente que los siguió hasta el sótano y de un auto grande y destartado afuera enseguida de un camión. Descargaron mi camisa y la maleta. Yo me encogí todo lo que pude. Escuché el agua correr abajo de sus patitas. La luz del candelabro nos sigue iluminando, podría ser algo romántico, pensé, a lo mejor hay una mujer desnuda abajo de los muebles, lista para lo que yo quiera. Quitarle el polvo, desenmarañarle el cabello, cambiarle el día en que nació. Inventarle un mes, acomodarle como a una muñeca un florero encima o abajo del candelabro, con los insectos en las uñas del pie.

Me encorvo en la silla, veo a los insectos alinearse por estaturas y medir la distancia entre el suelo y mi asiento. A mi alrededor no hay mujeres, ni siquiera Marilyn, sólo polvo y cubos arrugados. La fila de insectos empieza a marchar y rodean mi silla con un círculo perfecto. Yo giro, me recargo en el respaldo y sigo su camino. Ahora están cantando. Dan tres vueltas a mi silla. Sacan dientes y muelas transparentes de sus bocas amarillas y se cuelgan de mi asiento. El agua alcanzó el candelabro. Quería saltar e irme pero mis articulaciones no funcionan. Están amarradas con algo hecho de miedo y fibras. Mi camisa se ondea con el agua y algunos bichos nadan panza arriba, otros siguen mordiendo la madera. Las patas traseras ya están a la mitad. El techo se mueve, se hunde como si algo pesado caminara en él.

—¡Basura, baja a desayunar! —Escuché a mí tía.

—¿Baja? Ya no puedo bajar más. Estoy en el sótano.

—Rata, que bajas, ¡ya está el desayuno!

Los insectos siguen nadando, mordiendo y cantando.

—Mamá, la rata ya no está en mi cuarto, ahora defeca en el sótano. ¿Escuchas cómo caen sus eses?

—Entonces dile que suba a comer una fresa, sólo una.

Mierda, me van a encontrar sin camisa.

Miré el agua y a los insectos flotando a mi alrededor, la camisa y la maleta mojada. Estiré las piernas como pude. Imaginé que no era un charco sino el mar donde está flotando mi madre y me lancé hacia ella. Unas gotas me salpicaron la cara. Abrí el zíper, tenté las camisas y me puse la más seca. Una color rojo y con dinosaurios en la espalda. Esperé a que abrieran la puerta.

En la tarde, los niños idiotas ya estaban en la sala. Pegaron sus narices al suelo y comenzaron a husmear. Merodearon por toda la cocina, recogieron migajas de pan y se las comieron. A gatas, subieron por las escaleras y tocaban la pared como reconociendo el lugar. Se chupaban los dedos después de cada manotazo y los dejaban en su boca largo tiempo, más o menos lo que tardaban en subir tres escalones. Amaranta no les hizo caso. Los dejó vagar por nuestra casa mientras platicaba con mis tíos. El esfuerzo por enseñarles a sobrevivir en las banquetas

terminó. Amaranta estaba cansada, indefensa ante ese gran mundo que es la estupidez. Ahora estaba conforme con mantenerlos vivos y de ser posible ganar dinero con su rara habilidad. Estaba convencida que un país más desértico que el nuestro y realmente necesitado daría una gran fortuna por sus niños. Eso de encontrar agua potable con el puro olfato y sin maquinaria sale barato, decía, aquí porque no saben aprovechar las oportunidades. Mientras sus hijos seguían arrastrándose por la escalera y oliendo la pared, Amaranta nos contó de un desierto en el que la gente pone los botes de plástico bajo el sol, dos o tres días, esperan a que el calor vaporice y lamen las gotas que se formaron.

—Obviamente no tienen dinero para grandes máquinas y el mundo ya los olvidó —dijo—. Si mis niños estuvieran ahí ya les hubieran encontrado un río. En todos lados hay agua, sólo hay que buscarla.

Vi a sus hijos en la escalera y los imaginé gateando en el desierto. Con la espalda quemada por el sol, las rodillas hinchadas y los mocos escurriendo. Uno de ellos se tropezó y cayó tres escalones. Lo vi resbalándose por una duna. Mi tía se apresuró a levantarlo y yo, en el desierto de Amaranta, vi a un árabe abofetearlo con el turbante en la mano. “¿Por qué no trajiste agua?”. Y el niño, en vez de llorar, le respondió con una gran sonrisa de lagarto. El árabe recogió el bote completamente seco sólo para comprobar que su vida dependía de un pedazo de plástico. Regresó al niño y este se atragantó con la tierra pensando que era un chicle. Como si no entendiera que tenía que llorar, como si no entendiera que la muerte no es un dulce. Es idiota y no sabe que está desgraciado. Confunde las cosas. Para él todo es gracioso porque siempre está sonriendo. Los niños llegaron al segundo piso y empujaron la puerta del baño.

—Disculpe —le dije a Amaranta—. El agua que vi está en el sótano. ¿Qué hacen sus hijos en el baño?

—Ellos saben lo que hacen —me respondió con un cierto orgullo por sus niños—. ¿No te acuerdas del pozo que encontraron abajo del vocho? A lo mejor el agua viene desde el segundo piso. Vamos.

En el baño los tres niños gateaban alrededor de la taza, olían el escusado y levantaban la nariz como una señal de victoria. Tal vez lo que olfatearon fue la tubería, dije. Amaranta agachó la mirada y trató de ver hacia otro lado. Sus hijos, pequeñitos algodones de un jardín, esperaban, con las narices apuntando hacia el caño, a que algo se moviera. El agua de un escusado es agua en reposo. Podemos ver nuestro reflejo claramente. Mi tía le dijo a Amaranta, que seguía con la mirada en el piso, que no sólo tenía que enseñarles a cruzar la calle y le señaló el vergonzoso cuadro de sus niños. Uno de ellos con la cabeza dentro del escusado. Los cargamos y los llevamos al sótano. El agua cubría todo el piso y las mantas de los muebles ondeaban como las velas de un barco. Los pedazos de mi silla, rebanada por los insectos, iban de aquí para allá.

—Suelten a mis hijos y avientenlos al agua —dijo Amaranta.

Los niños cayeron como piedras y bucearon entre los muebles, levantaron algún

bichito que flotaba por ahí y se lo comieron. Amaranta no los vio hacer esto. Avanzaron hasta llegar al hoyo que escarbé. Metieron las manos, cavaron, probaron el agua, torcieron la boca y cambiaron de rumbo. En la pared apretaban su cabeza contra el cemento, luego pegaron la nariz y siguieron empujando. Estaban en fila, y seguían con su olfato el agua en la pared. La del piso nos llegaba a las pantorrillas.

—Las tuberías —dije.

Amaranta vio el agua en el piso llena de excremento. Confieso que me dio vergüenza. Al principio creí que la mierda de mis tíos era todo el problema, pero yo también me siento ahí. Todo el sótano, nuestro sótano, lleno de nuestra propia mierda.

—En todas las casas hay cañerías y puede haber alguna fuga —dijo mi tía para romper el silencio.

Amaranta rió, llamó a sus niños. Uno de ellos tenía mierda en la nariz. Me sentí humillado.

—Al menos ya sabemos dónde está el otro pozo —dijo Amaranta.

—¿Y luego? —le respondió mi tía—. ¿Qué hacemos?

—No sé, los policías se rieron cuando les dije la habilidad de mis niños. Nadie nos hace caso, así es esto.

Mi tía suspiró, miró el candelabro de arriba abajo y las mantas mojadas, se llevó las manos a la bolsa y preguntó: —¿Cuántos pozos hay?

—Creo que otros dos —respondió Amaranta—. Siempre que pasamos por la ferretería mis chiquitos apuntan con su nariz hacia la tienda, y creo que hay otro en la carretera. Se quedan viendo mucho hacia esa dirección.

En la puerta de la casa mi tío cargó a dos ellos. Él y Amaranta cruzaron la calle con los niños en los brazos y se despidieron con un apretón de manos. Cuando regresó, dijo que al día siguiente arreglaría el piso de mi cuarto y se encerró en su recámara.

—Si quieres puedes dormir en la cocina —dijo mi tía—. Te bajo unas cobijas, o saca el agua del sótano, tú decide.

Yo me encogí de hombros. Decirles que quería dormir en la cocina era un acto de vulnerabilidad. Mejor me callé. Con mi silencio les dije que no le tenía miedo al sótano, que soy fuerte y se necesita más que un montón de mierda para asustarme. Mi tía subió las escaleras. Vi sus pantorrillas sobre cada uno de los escalones y las manos deteniendo el vuelo de su falda. Una falda larga y oscura como de luto. Recordé que esa misma prenda voló en el ataúd de mi abuelo.

De niño me gustaban mucho las galletas y el café, que tomaba a escondidas. Sólo por eso fui al funeral de mi abuelo. Un día antes de morir le regaló su saco preferido a mi papá. Él lo aceptó. Le quedaba a la medida. Las hombreras, los botones, el cuello. Mi madre le sonrió, le dijo un piropo y le dio las gracias a mi abuelo por ese detalle. Mi papá llevó esa prenda en el funeral. Después de que mi madre terminó el cuarto rezo, él metió las manos en la bolsa y descubrió una cajetilla blanca y medio vacía de Romeo y Julieta. Vio las letras enredadas en el porte de la caja y las manos de mi

abuelo, en el ataúd, hechas una sola mano. Mi madre guardó el rosario y fue hacia él, lo abrazó por la espalda. Él sacó uno de los cigarros, mi madre le acercó un encendedor de mi abuelo, que escogió entre sus cosas como recuerdo, y no prendió. Lo intentaron tres veces más y no prendió. El cigarro seco en su boca y una mano blanca sujetando algo a punto de apagarse. Me serví café en un vaso desechable, mi tía se acercó, me dio un beso en la frente y dijo con un guiño de complicidad:

—Los niños no toman eso, pero hoy la noche va a ser muy larga.

Remató con una palmada en el hombro y fue hacia el ataúd. Su vestido negro y largo resbaló en el piso. A pesar de la muerte, en ese momento hubo algo entrañable en todos, claro, nadie tenía el compromiso de cuidar a alguien más en su casa, y nadie se imaginaría el ganado de mi madre, el abandono de ese hombre, el del cigarro apagado, y mi cuarto lleno de agua y bichos. Recuerdo que mi tío se le acercó a mi padre y le pidió un cigarro, mi mamá le tendió el encendedor, por inercia, y prendió, con él sí prendió.

Me senté en la cocina, escuché los pasos de mi tía en el segundo piso y la puerta de su recámara. Mis dedos no dejaban de moverse, arrugaba el mantel de la mesa con desesperación, las piernas me temblaban. Me pareció que en cualquier momento el agua del sótano iba a salir por la llave del fregadero e inundaría toda la casa. Así estuve un largo tiempo, sin hacer ni decir nada, sólo arrugando el mantel y escuchando el goteo de la llave, los chorros de allá abajo. Los cuchillos tendidos en el escurridero, los tenedores y la navaja que olvidó mi tío en la estufa. Todos los vi, uno por uno.

La puerta del sótano se abrió. Era ella. Mojada, toda mojada, con un dedo en la garganta y las piernas llenas de un coral trasparente y puro. El vestido pegado a sus muslos como otra piel. ¡Y era de día! ¡En sus pechos era de día! Márlin se recargó sobre la puerta e hizo una señal con la mano, toqué su vientre húmedo y frío. Me mostró el sótano, el agua cubría las velas del candelabro y los muebles se agitaban como peces atrapados. Márlin tomó la punta de su falda, la subió muy despacio, tocó sus rodillas, la superficie de sus muslos y la acomodó a dos dedos de su pecho. Cientos de caracoles en su espalda y en sus glúteos. Ella giró como un calamar en los escalones. La detuve, contemplé sus ojos oscuros y tomé un caracol de los más pequeños, temblaba. Lo cobijé entre mis manos para quitarle el frío, luego se resbaló hasta mi hombro, lo atrapé en la nuca y olí su caparazón... huele como... Márlin acomodó los caracoles atrás de sus rodillas, sus piernas quedaron libres, y de entre su falda y su otra piel sacó una llave grande y gruesa. Saltó hacia el sótano, golpeó la pared con las pinzas, torció la tubería con su brazo de fontanera. Nadó de una pared a otra. Golpeó tubos, esquivó muebles. Entré al agua. La sujeté del brazo y la llevé a las escaleras. Me entregó la llave.

—Arregla las tuberías, yo te veo en el desierto —susurró.

Y toda ella se volvió caracoles.

En la cocina, pesé la llave. Con esto podría torcer las tuberías y desviar la mierda a otro lado, tal vez a su recámara o hacia el vocho. Podría arreglar el piso y detener la inundación. Sería una bonita sorpresa. Cuando ellos despierten secos me lo van a agradecer. Su barco va a estar a salvo y todos podremos ir al sótano cuando se nos antoje. Y a lo mejor me dan una cama que sí esté seca e iluminada. Una palmada en el hombro por salvarles la vida. Hay gente que se muere porque el gas la intoxica, pero también el agua es peligrosa. Hunde continentes enteros, está escrito en *Karma 7...*

—¿Y ese cuchillo? —preguntó mi primo.

Levanté la mirada y lo vi recargado en la escalera. Me convencí que era él. Porque todo era borroso y por un momento juré que tenía falda, una falda larga y oscura, como de luto, y cabello de mujer sobre sus hombros.

—¿Y ese cuchillo? —volvió a preguntar.

Dijo otra cosa, sé que dijo otra cosa pero no recuerdo qué. Sentí que una ola sacudió nuestro barco y apreté la llave para no perderla.

—Suelta el cuchillo —volví a escucharlo.

El timbre de su voz es el mismo, el de mi primo y no el de mi tía. Es él, me dije, tranquilo, nadie te quiere engañar. Me acerqué, vi que sostenía nuestro póster de Marilyn roto en tres cachos...

¿Quién te rompió, corazón?... Ya no era una mujer. Levanté la llave para repararle el cuerpo pero mi primo subió unos escalones y me pidió que dejara el cuchillo en la mesa. Vi con claridad la falda oscura y el cabello levantarse de sus hombros, qué extraña es mi tía, pensé. Volvió a decir algo del cuchillo. Su voz es grave... no es mi tía, tiene que ser mi primo. El agua sacudió nuestro barco. Mi primo resbaló. Yo me detuve en la escalera, vi a Marilyn recogiendo sus brazos, me acerqué a repararla. Levanté la llave, la empujé, el póster de Marilyn cayó al piso. Tengo la herramienta perfecta. Busqué la tubería rota en su pecho, estaba muy mareado por el vaivén del barco, así que no atiné al primer movimiento, tuve que buscar la fuga en más tuberías. Abrí los canales de su vientre y de su espalda. El agua salió sucia. Una fuga tras otra. Revisé sus cañerías y todas eran un túnel oscuro y apretado. Mientras más quise repararle el cuerpo más se humedecían mis manos. Su voz pequeña y la respiración entrecortada. Retrocedí hasta la mesa con la llave en la mano. Me sentí impotente, lánguido. No pude detener el desagüe, mis manos temblaban. Aventé la llave al piso, me sacudí el agua de los dedos, tenté su corazón. ¿Y la llave? Vi el piso. Las arañas cargan el cuchillo abajo de la mesa. ¡Mi cuchillo! Las pisé a todas y no dejé ninguna viva. El cuchillo lo puse en el lavabo. Abrí el sótano, la puerta del sótano. El agua sigue. Cerré la puerta detrás de mí, bajé las escaleras, esquivé el brazo de mi primo, ni siquiera pensé en llevarme el cuchillo en ese momento. Abrí la puerta de la casa y corrí, corrí sin saber a dónde.

En la carretera pude esconderme. Vagar entre los tráileres. Vi las placas y algunos

de ellos venían de pueblos que ya no existen, que desaparecieron quemados. Algo ha estado quemando ciudades y pronto va a llegar con nosotros. No sé qué es, pero en la noche he visto columnas de humo a lo lejos. Una columna oscura y ondulada que va y viene, se prende de los árboles y forma la sombra de una mano. La mano baja a la tierra, camina despacio, se oculta abajo de las piedras y vuelve a crecer. Anda cerca, en este momento anda cerca. Siento sus dedos abriéndose y cerrándose. Camino al fondo de los tráileres, giro a la derecha, a la izquierda, alguien me puede ver. Rozo con una llanta y pego un grito. Veo un camaleón entre los tornillos. Me río y sigo avanzando. Los tráileres echados a mi alrededor como gente gorda y aplastada. Los vidrios de una cabina. Piso un pantalón lleno de polvo, giro, y lo levanto del suelo. Lo sacudo. Un diente cae de su bolsa. Este pantalón fue de uno de los conductores. Lo deduzco por el logo de la empresa tejido en una de las bolsas. Lo dejo en el piso y sigo caminando. Hay una gorra colgada en un retrovisor. Es verde, grande. Tomo la gorra y la observo por dentro. Aún tiene cabello. Los mechones son del color del trigo y su textura blanda como un tallo. ¿Y si le prendo fuego? Busco un encendedor pero no encuentro nada. Mi pantalón está vacío. Tal vez encuentre cerillos en la bolsa de mi camisa. Nada. Me sacudo las manos. Cuelgo la gorra en el retrovisor, camino y sin darme cuenta tropiezo con una piedra, caigo al piso. El polvo se levanta a mi alrededor. Me sacudo la frente y ahí, encima de la cabina, los veo acomodándose las pieles de animal en sus hombros. Están hambrientos. Cuando un salvaje husmea con la lengua de fuera y se toca el estómago tres veces, está hambriento. Uno de ellos salta y cae justo en medio de mis piernas. Deja una huella pequeñita. Me rodea muy despacio y respira profundo sin abrir la boca. Toco el extremo de su piel, la levanto. Los demás, encima del tráiler, aúllan con los hocicos alzados. Unos patean encima del metal y otros estiran sus pieles hasta el piso. Intento hablarles. Apenas abro la boca, saltan del tráiler y toman mis piernas, mis brazos, mi cabeza y mi torso. Me cargan sobre sus hombros y me llevan hasta el último tráiler donde hay una luz, una luz pequeña. La misma luz que vimos desde el mirador la noche en que intentamos romper el faquir. Esa noche, cuando escapé, ¿adónde pude ir? Conforme nos acercamos la luz crece. Ilumina las llantas, las cajas, los pequeños cerros que hay alrededor. Hay reflejos en el desierto que no sé de dónde vienen pero este es de una fiesta. Aúllan. Yo vuelo en sus manos. Cruzamos el último tráiler.

—¡Por los cuatro jinetes del apocalipsis! ¡Vean quién llegó! —gritó el cartero abriendo los brazos—. ¿En qué infierno estabas? Ve todo lo que hemos hecho mientras tú perdías el tiempo destetando a las borregas de la fiera.

El cartero me señaló el paisaje. Increíble. Los niños me bajaron de sus hombros, cerraron la boca y caminaron de puntitas en las cenizas de la fogata.

Atrás de unos arbustos escuché un ruido pesado.

—Salgan, salgan —gritó el cartero.

La señora Carolina y el faquir, de carne y hueso, salieron de entre lo oscuro con un cuerpo en los brazos.

—Listo, sólo nos falta encontrar a dos trailers —dijo la señora Carolina.

Lo llevaron hacia un montículo de cuerpos apilados.

Me quedé mudo. Los niños olían prendas llenas de tierra y seguían el rastro. Uno de ellos desenterró dos botas grandes y con agujetas de color negro. Aulló. En su garganta escuché, más que un sonido, lágrimas corriendo por todos lados. El resto de la manada fue hacia las botas, le quitaron el polvo y un huesito en medio de la suela. Las llevaron donde los muertos y midieron sus pies. Primero pusieron sentados, uno por uno, sobre una piedra, a los que no traían zapatos, porque algunos conductores murieron con las botas puestas. Probaron el calzado hasta encontrar al dueño.

—¡Encontramos a otro! —gritó la señora Carolina.

El cartero le ayudó a desenterrar el cuerpo. Era el de un policía. No puedo decir qué edad tenía o al menos si era joven o viejo. Su cara estaba llena de sangre seca y manchas de aceite. Algunos vidrios enterrados en la piel. Entre los tres, la señora Caro, el faquir y el cartero, lo llevaron hacia los demás cadáveres, puestos en hilera para probarles las botas. Lo acomodaron en lo último de la fila y cayeron exhaustos. El faquir se limpió la frente con la mano izquierda, la señora Caro se abanicó con su vestido agitándolo de arriba a abajo. Pude ver la cicatriz de su pierna. Blanca, delgada, como una línea de cristal abajo de su vientre. La fogata en el centro y todos alrededor de ella para iluminarnos los ojos en medio de la confusión. El faquir estaba frente a mí. No lo podía creer. Su turbante se agitaba con el viento y observa con atención los movimientos de la fogata. Cómo se levantaban las llamas, cómo se encogían, el humo. Luego la señora Caro interrumpió mi asombro. Me preguntó cómo estaba su jardín y el Volkswagen. Me encogí de hombros. Ella sonrió, fue hacia el faquir y se recostó sobre sus piernas. Este desenvainó su espada, la acomodó en el suelo y con uno de los paños violeta que colgaban de su cintura le limpió las mejillas. La señora Caro sonrió. Nunca la había visto sonreír. La señora Carolina era la colonia completa. Era nuestra calle y un mundo se deshizo cuando se fue. Yo dejé de limpiarle el jardín y ya no me esmeraba en mantener algo sano. Los ferreteros se callaron y mi primo lloró por ella la misma tarde que la policía la declaró cómplice del conductor y pegó avisos de “se busca” en los postes de luz. Si mi primo la tuviera enfrente, justo como la tengo yo, pensaría que todo su esfuerzo con la madera y las cercas valió la pena. Era una sonrisa cálida, tierna, la sonrisa de una mujer que se siente protegida. El cartero fue a uno de los tráileres y regresó con un sobre blanco.

—Diablillo asqueroso.

Extendió la mano, me entregó el sobre.

—Toma, llegó ayer.

Todos voltearon a verme. El cartero atravesó la fogata, se disolvió en el aire y apareció atrás de mi hombro. Susurró: Esas letras están escritas con algodón. Lee, te queremos escuchar. Los niños se acomodaron a mis pies, la señora Carolina dirigió sus ojos a los míos y el faquir apenas entornó las cejas. Su turbante agitándose con el viento. Abrí el sobre.

Hijo, ayer me casé. Hubo toda una fiesta en el barco. La banda de Ulises tocó atrás de nosotros mientras contraíamos las nupcias con un cura que anda de paseo. Él dice que en el mar es más fácil encontrarse con Dios, que ahí nadie lo interrumpa porque sólo hay peces y según él, podemos ver sus mensajes claramente. Sólo hay que hacerle una pregunta en voz alta y si la ola llega suave y sin espuma es que la respuesta es sí y al contrario si la ola llega con un golpe violento y pesado. Nos dice que este método es efectivo y no quedan dudas. En alguna ocasión, cuando fue de misionero a la India, una noche llena de estrellas y de bichitos fosforescentes, agobiado por ciertas dudas, fue hacia el mar y gritó todo lo que le preocupaba. Cuenta que el mar no se movió. El siguió gritando y gritando, exigiendo una respuesta. Maldijo, insultó, se arrancó la sotana, hasta que una ola enorme y llena de espuma le aventó un cocodrilo. Desde entonces anda en muletas porque la respuesta divina que tanto esperó se llevó la mitad de su pierna derecha. Después de besarnos, con las gaviotas acomodando las velas del barco encima de nosotros, la banda tocó el último acorde y los tripulantes nos montaron sobre dos vacas. Amarraron nuestras muñecas con un listón rojo y nos pasearon por toda la cubierta.

El mar en dos ocasiones nos habló. La primera fue cuando rodeamos el timón sobre las vacas. Cuatro peces globo, de los que no tienen espinas, cayeron sobre nuestro pecho y se quedaron flotando hasta que se hizo de noche, porque nos casamos de día, en pleno sol, plena briza y plena espuma. La segunda ocasión fue en la madrugada. Ulises y yo nos quedamos dormidos. Una ola tocó nuestra puerta. Abrimos y frente a nosotros un caballito de mar flotó en el aire. Nos pidió que lo siguiéramos, fuimos a cubierta y enseguida del mástil que sostiene la vela principal encontramos joyas, muchas joyas, todas de barcos hundidos. El capitán nos dijo que nos darán buen precio en algunos mercados. Que él también ha vendido y cambiado joyas que le aventó el mar.

Mi chivito... lo voy a extrañar. Cuando me acordaba de ti me aferraba a su cuello y veía sus ojos tan adentro que en dos ocasiones pude sacarte de sus pupilas. Cargarte como cuando tenías dos años y arrullarte junto con el barco. Vimos un desfile sobre el agua. Te conté muchas historias, una tras otra. En la última me pareció que lloraste. Era la de un niño perdido en un cuarto profundo y largo. Ese día me platicaste todo lo que te has divertido. La noche en que corriste descalzo en una pista de madera, los insectos que atrapaste, las frutas y los autos. Me acordé del último verano en nuestra casa.

Hijo, tengo joyas. Entre el Capitán y Ulises calcularon el valor de cada una y con tres peinetas y una diadema podemos comprar un barco pequeño, tal vez sea un jabeque. Son barcos delgados y rápidos, de forma afilada y con tres palos para cada vela. Ulises será el capitán. Iremos por ti, hijo. Cuando leas esta carta ya estaremos en mitad del océano, con las manos en el timón y una bandera en el palo más alto. Haremos un puerto en el patio de tus tíos, subiremos todo lo rescatable y zarparemos

de un continente a otro. Tendremos animales nuevos. A los gatos les enseñaremos a volar, a los toros a andar bajo el agua y los peces a escribir, obviamente a escribir. Porque en el mar todo se va rápido y hay que dejar memorias. No hay nada peor que pasar por este mundo como una sombra. Seremos enormes, hijo. Espera a que nuestro jabeque llegue y todo será distinto. Ya vemos la tierra, Ulises toca otra melodía. Espera, hijo. Vamos por ti.



MIGUEL CORRAL (Chihuahua, México, 1988). Es egresado de la Licenciatura en teatro por la Universidad Veracruzana. Se ha desempeñado como actor en los estados de Chihuahua, Veracruz y en el Distrito Federal en diversas obras de teatro, entre las que destaca, *Más pequeños que el Guggenheim*. Participó en el ciclo de autores emergentes del décimo Festival de la Joven Dramaturgia en 2012. En 2014 fue beneficiado con el programa Coinversiones Culturales FONCA, por la obra de teatro *Chato Mekensie, cobranzas difíciles*.

Con *El jardín* obtiene el premio Mala letra a primera novela.